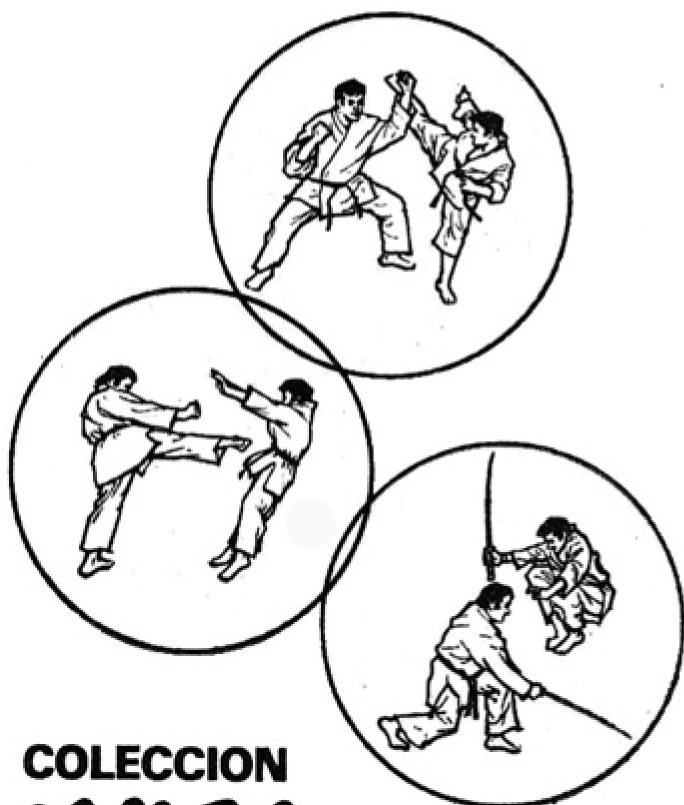


¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

CURTIS GARLAND

EL SIGNO DEL ALACRAN



COLECCION

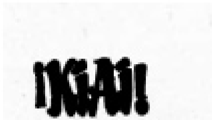
¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

CURTIS GARLAND

EL SIGNO DEL ALACRÁN

Colección ¡KIAI! n.° 36
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS – MÉXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

31. — Miss Fantasma - *Clark Carrados*

32. — El hombre de Oriente - *Lou Carrigan*

33. — Café con Yama Zukí- *Ralph Barby*

34. — Los jarrones de la muerte - *Curtis Garland*

35. — La estrella de Loma Mili - *Clark Carrados*

ISBN 84-02-049524
Depósito legal: B. 25.544 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: agosto. 1977

Documentación gráfica para la cubierta cedida por la SALA DE JUDO «SHUDO-KAN»

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N-52, Km 21,650) Barcelona - 1977

CAPÍTULO PRIMERO
PETICIÓN DE AYUDA

Antes de que los Tres Dragones de Oro abandonasen Nueva York, sucedió algo que alteró sus planes de regreso inmediato a San Francisco.

Acababan de terminar su dramática participación en el peligroso asunto de los Cruzados Amarillos y su imprevisible desenlace[1], cuando virtualmente se encadenaron para ellos las peripecias y los problemas, con aquella llamada telefónica de emergencia que puso en contacto a Frank Cole con una antigua compañera de sus actividades cinematográficas en Hong Kong.

Fue una petición de socorro, una llamada de apremio, un asunto de vida o muerte, al que el joven budoka *norteamericano* no pudo negarse. Ellos, que siempre iban por el mundo ayudando a las personas en apuros, luchando en defensa del bien y de la justicia, no podían permanecer sordos ante una llamada semejante.

Y así ocurrió. Los tres jóvenes luchadores de artes marciales que habían hecho de sus conocimientos un sacerdocio al servicio de los demás, se vieron vertiginosamente involucrados en una violenta y trágica pugna contra un poder insospechado que se movía en las sombras.

Conocieron a Skorpio.

Y conocieron a los más fríos y despiadados asesinos imaginables, movidos por un cerebro cruel y lúcido, capaz de calificar a su dueño como un auténtico supercriminal, casi imposible de vencer.

Todo comenzó, para ellos, con aquella angustiosa llamada telefónica al Waldorf Astoria de Nueva York, justamente el día en que proyectaban regresar por vía aérea a San Francisco de California, a su casa de Telegraph Hill.

—Es para usted, señor Cole.

* * *

—¿Para mí? ¿Quién dice que llama?

—Una voz de mujer. No ha dado su nombre. Pero dijo que usted entendería si le decía que quiere hablar con usted la Pequeña Flor del Cerezo.

—¡La Pequeña Flor del Cerezo! —exclamó Frank, sorprendido—. ¡Sue Norton!

Sí, sí, póngame con ella, en seguida...

Hubo un *clic* de comunicación, y luego una voz femenina, dulce y distante:

—Frank... ¿Eres tú, Frank?

—Sue... Mi querida e inolvidable Sue, claro que soy yo —sonrió Cole, jovialmente—. ¿Qué ha sido de ti, todo este tiempo? No sabía nada de ti desde que rodamos en Hong Kong y Macao aquella horrible película *Karate Vengador*.

—¿No lo supiste, Frank? —la voz de mujer vaciló—. Fueron malos tiempos para mí... Caí enferma. Una depresión nerviosa. Luego, intenté... suicidarme...

—¡Sue!

—Es la verdad, Frank. Me internaron en un sanatorio psiquiátrico. Estuve allí un tiempo. Parece que ya estoy curada. Hay gente que me ayudó. Otros, ni se acordaron de mí.

—Sue, yo no sabía, no podía sospechar siquiera...

—Lo sé, lo sé, Frank. De ti he sabido luego algunas cosas... Ya no eres actor, sé que te dedicas a algo más hermoso, más difícil y arriesgado... Por esto te llamo, Frank. Porque te necesito. Y te necesito con urgencia.

—¿A mí? —se sorprendió Cole—. ¿Te ocurre algo serio, Sue?

—Frank, no puedo hablarte de ello por teléfono. Sería demasiado arriesgado. Te ruego que trates de ponerte en contacto conmigo, aquí mismo, en Nueva York.

—Sue, nos marchábamos ahora mismo. Creo que habrás oído noticias sobre lo que nos ocurrió recientemente, como víctimas de un fantástico complot para presentarnos como culpables ante la opinión pública de un delito de robo con asesinatos masivos... Los Cruzados Amarillos están ya, por fortuna, liquidados definitivamente, y nada nos ata ya a Nueva York. Regresamos a San Francisco, pero puedo llamarte desde allí y...

—No, Frank, no entiendes... —la voz, de súbito, tomó un tono implorante, una nota de angustioso patetismo, inexplicable aún para Cole—. Es grave. *Muy* grave. Es cuestión de vida o muerte. De *mi* vida o *mi* muerte, ¿entiendes? Corro peligro. Un terrible peligro. Y no soy yo sola, sino otras personas... Es una amenaza para muchos, Frank. Algo que tal vez los Tres Dragones de Oro pudieran resolver. Y si no sois vosotros..., nadie, absolutamente nadie lo conseguirá...

—Pero ¿de qué hablas, Sue? —se sorprendió Frank Cole, para quien su ex compañera de platós cinematográficos había sido siempre una criatura deliciosamente superficial, frívola y sin problemas.

—De los alacranes, Frank...

—¿De qué? —exclamó él, temiendo haber oído mal.

—Los... los alacranes —repitió ella—. La muerte venenosa, Frank. Está aquí. Va a terminar con mucha gente. Nadie podrá evitarlo. Yo sé... yo sé lo que sucede, yo puedo revelártelo, pero no por teléfono. ¡Frank, por el amor de Dios, aplaza ese viaje a San Francisco y ven a verme! Nos podemos ver en mi residencia de verano; la que uso también en los *week-ends*... Desde ella te llamo, Frank. Está en... en Long Island. North Park, 1.060, Oyster Bay... ¡Ven, por favor! Yo puedo hablarte de todo ello, contarte lo que nos amenaza a todos, si antes no se intenta impedir…

—Pero impedir ¿qué, Sue?

—Lo que acecha en la sombra, Frank. Es algo que... que... ¡Oh, no, no! ¡Frank, auxilio! ¡Frank!

Un terrible alarido cortó las palabras telefónicas. Luego, llegó hasta Cole el sonido de un golpe seco, algo que se desplomaba, un sonido ronco, como el de un estertor... y, finalmente, el silencio...

Total, absoluto silencio.

—¡Sue! —llamó—. ¡Sue, responde! ¡Sue! ¿Qué sucede? ¡Habla, por favor!

Miró la rejilla del micro telefónico. Tuvo la rara sensación de que por aquellos orificios le llegaba un suave, casi inapreciable sonido: el leve murmullo de una respiración humana, transmitida a distancia.

Alguien escuchaba, teléfono en mano. Pero no hablaba. No despegaba los labios, no daba otra señal de vida que aquella que, más que captar, intuía la aguda percepción de Cole, en estado de alerta, tenso, vigilantes todos sus sentidos en ese momento, tratando de saber qué había sucedido al otro extremo del hilo.

Luego, confirmando esa impresión subconsciente de Frank, sonó un leve roce, y por fin un significativo *clic* seco. Habían cortado la comunicación.

—¡Sue! —repitió en vano, contemplando el receptor telefónico —. ¿Qué es lo que sucede?

Colgó lentamente. Luego, pidió datos a la central informativa de teléfonos de Nueva York. Dio el nombre de Sue Norton y su dirección en Long Island, pidiendo su número telefónico. Se lo dieron.

Marcó ese número. Esperó. La llamada sonaba al otro extremo del hilo. Nadie descolgó, sin embargo. Cole colgó, apartándose rápidamente del teléfono. Abrió la puerta, asomando a la habitación inmediata.

Kwan Shang estaba practicando ejercicios respiratorios ante la abierta ventana del hotel, como hacía habitualmente en su gimnasio de Telegraph Hill o en el *tatami* que tenían dispuesto para sus prácticas diarias de lucha y ejercicios físicos. Se volvió al oírle abrir la puerta.

—¿Quieres algo, Frank? —se interesó.

—Sí, Kwan. Aplaza el vuelo a San Francisco. Cámbialo por otro, más adelante.

—¿A qué se debe eso? —pestañeó el joven oriental.

—Hay novedades. Te lo contaré luego. Necesito ir a cierto lugar a ver a una persona con quien tengo una vieja amistad. Parece asunto serio. Te daré unas señas, por si algo me sucediera —le dio la dirección de Sue en Long Island, y Kwan asintió, anotando mentalmente los datos—. Dile a Lena que saldremos para California mañana. Puede disponer de un día más para sus compras. Sé que eso le gustará.

Guiñó un ojo a Kwan, que sonrió, aunque con gesto algo preocupado, y se encaminó a la salida. El joven chino se ofreció vivamente:

—Frank, ¿no sería mejor que fuéramos juntos, si como dices puede suceder algo?

—No. Es asunto personal..., por el momento. Gracias de todos modos, Kwan.

No te muevas de aquí, por ahora. Te llamaré desde Long Island si algo sucede realmente grave.

—Pero ¿no puedes decirme, al menos, de qué se trata?

—Ni yo mismo lo sé. Pero sospecho que una mujer está en peligro mortal... si es que todavía vive. Y la razón de ese peligro es que sabe algo. Algo que puede ser muy importante, y que sería asunto para los Dragones de Oro, según ella.

Fue todo lo que le dijo. En realidad, poco más es lo que sabía. Momentos más tarde, salía a Broadway, y tomaba un taxi, dándole la dirección de Long Island. Le prometió una propina generosa si ganaba el mayor tiempo posible en la carrera. El taxista no necesitó más estímulos para conducir a la máxima velocidad y tomar por las vías urbanas menos congestionadas de tráfico.

Aun así, Long Island estaba lejos de Broadway y de Times Square. La carrera fue más larga de lo que Cole hubiera deseado, aunque más corta de lo que normalmente se tardaba en cubrirla.

Cole fue generoso, realmente, con el taxista, y éste contempló, asombrado, la propina. Luego, Frank se acercó con rapidez a la cerca que rodeaba un bien cuidado jardín y una residencia estilo *bungalow,* de dos plantas.

Era el número 1.060 de North Park, en Oyster Bay. La vivienda

veraniega y de *week-end* de Sue Norton, su antigua y bella compañera de rodaje en los inefables filmes de aventuras orientales con terroríficas escenas de karate y otras artes marciales, casi siempre exageradas y desorbitadas, por guionistas y directores, para consumo de público poco exigente y amante de la violencia, sin entrar en profundidad de lo que realmente significaban las artes marciales, la filosofía Zan y los principios morales, éticos y humanos de los practicantes de tan bellas artes de lucha.

Cuando iba a llamar a la campana eléctrica, observó que la puerta de la cerca estaba solamente entreabierta. Le bastó empujarla para adentrarse en los bellos jardines de la finca.

Frank Cole tenía un peculiar sentido para intuir la vecindad de algo inquietante o peligroso. Esta fue una de esas ocasiones en que su instinto actuaba con extrema sensibilidad.

El peligro estaba cerca. Casi podía captarlo de forma tangible. Estaba allí, en alguna parte. Muy próximo a él.

Se puso tenso. Pero era sólo una tensión mental. Una forma de estar en guardia contra lo que fuese. Sus músculos estaban relajados, aunque a punto de saltar como ballestas. Sus nervios y tendones eran cables de acero y de goma, tensos y dispuestos a dispararse cuando la situación lo exigiera.

Y tal vez iba a exigirlo, muy pronto... o él estaba totalmente equivocado. Y eso no acostumbraba a sucederle.

Llegó a un claro semicircular, de gravilla rodeada de setos. En el porche figuraba el nombre de Sue sobre una placa de metal dorado. Debajo, un calificativo muy propio de ella:

ACTRIZ CINEMATOGRÁFICA

Cole sonrió, meneando la cabeza con gesto burlón. Conocía lo suficiente a Sue para saber que así era ella para sus cosas. Deseó que nada le hubiera sucedido. Pero temía que sus deseos no estuvieran acordes con la realidad. Era sólo un temor. Suficiente para sentirse inquieto.

También la puerta estaba entornada. Era el acceso directo al interior de la casa. La empujó lenta, suavemente, con la máxima cautela. No llevaba armas. Nunca las utilizaba. Ni él ni sus compañeros. Sus armas eran sus manos, sus brazos, sus piernas, su cuerpo, su cerebro. Eran armas sobradas cuando se sabían emplear adecuadamente.

Pero con un arma de fuego a distancia suficiente para que sus miembros no llegasen, estaría tan a merced de un enemigo como si fuese una persona normal, sin dominio de los recursos de las artes marciales. Debía evitar ese riesgo a toda costa. El punto básico de sus medios de lucha era tener siempre al adversario a distancia adecuada

para darle alcance. Entonces, no tenías nada que temer.

Entró. Pisaba lentamente, con cautela. Sus pisadas no producían ni el más leve mido en el pavimento bien cuidado y lustroso de la soleada vivienda. Contempló en derredor el mobiliario claro, moderno, de líneas funcionales, la decoración simple y de tonos claros. No descubrió nada especial. Ni desorden, ni detalle anormal alguno que pudiese producir inquietud.

Pero iodo eso no le decía mucho. El sabía que Sue le había llamado desde allí. Y que algo, o alguien, le había impedido continuarla, silenciando sus labios. Y cortando la comunicación después de silenciada ella.

Cruzó el vestíbulo y alcanzó un *living* amplio, con una cristalera semicircular asomada a otro jardín posterior. Clavó sus ojos en un teléfono de teclas, color rojo brillante. A su alrededor, muebles en orden, todo intacto, sin señales de violencia o de confusión.

Junto al teléfono, un sobre cerrado con algo escrito sobre él. Se acercó lentamente Cole. Inclinóse y tocó el sobre. Leyó su texto escrito:

«Para abrir después de mi muerte.»

Se estremeció ligeramente. Miró en derredor, Y la vio.

Yacía en un sofá, situado en un rincón poco visible del *living,* tras un biombo chino, recuerdo de Hong Kong, lacado en rojo y salpicado de dragones y pagodas.

Sus manos colgaban exánimes, Sus brazos aparecían tan bañados en sangre como los dedos que tocaban la moqueta azul. Ambas muñecas aparecían cortadas limpiamente sobre las venas.

Suicidio, en apariencia. La carta cerrada parecía confirmarlo. Pero no a Frank Cole. El no se creía nada de eso. Sue no se suicidaría, de repente. Ni aun habiendo estado en una clínica psiquiátrica, como le dijera por teléfono. Claro que lo intentó una vez. Eso convencería a la policía, a la ley, a la opinión pública. No a él.

Se aproximó a la infortunada muchacha. Estaba pálida, muy pálida. Tanto, que recordaba su maquillaje de oriental en *Los justicieros de la Mano Mortal* Haciendo la dulce y deliciosa Pequeña Flor del Cerezo. Ella siempre tuvo facciones menudas, fáciles de maquillar como orientales. De ahí su éxito en los papeles de tal cariz.

—Pobre Sue... —susurró Cole, con voz apagada, arrodillado junto a ella, tocando sus heladas mejillas color cera—. Pobre y pequeña amiga... Tú no te hubieras matado. No te hubieses cortado esas muñecas. No, a mí no me convencen tus asesinos... sean quienes fueren. Esto es un crimen. Un verdadero crimen, y voy a procurar que su autor lo pague muy caro.

Apenas hubo hablado eso, como si pudiera Sue oírle, y estuviese dialogando con ella amistosamente, en cualquier descanso del rodaje

de una de sus virulentas películas, Cole supo que no solamente había un cadáver para recibir sus palabras.

Alguien las había escuchado. Alguien que estaba muy lleno de vida.

Alguien que movía una puerta, haciendo chirriar levemente sus bisagras. Alguien que ahora estaba asomando a su espalda. Pudo verle reflejado en el espejo de la pared, detrás del sofá donde yacía Sue Norton,

Le estaba encañonando con una pistola automática, provista de silenciador. Era un hombre de faz redonda, grasienta y expresión fría, cubierto con un sombrero flexible de color gris.

—De modo que eres un tipo listo, ¿eh, amigo?—silabeó, agriamente, soltando el seguro de su arma, significativo—. Lo siento por ti…

Y se dispuso a apretar el gatillo, apuntando hacia la cabeza de Frank Cole.

CAPÍTULO II
LA MUERTE ANDA SUELTA

La distancia era considerable, y la bala iba a brotar del arma del adversario.

Era una de las más graves y difíciles situaciones para Cole. O para cualquier hombre desarmado. Sin embargo, había una diferencia.

Otra persona cualquiera hubiera muerto irremisiblemente. No existía defensa aparente posible contra una pistola automática dispuesta a ser disparada, cuando la víctima se hallaba a casi seis o siete yardas de distancia del tirador, totalmente indefensa,

Y sin embargo...

Sin embargo, cuando el gatillo fue oprimido y sonó un áspero, sordo *ploc* en la amplia estancia soleada, ya Frank Cole, con velocidad centelleante había saltado lateralmente, encima del sofá, notando el zumbido de la bala muy cerca de su hombro, pero ya sin rozarle siquiera, hasta que el proyectil debió hundirse en la moqueta, a su espalda, sin atravesarle la cabeza, como era propósito del asesino.

Cole hizo un segundo salto, ahora desde el sofá, mientras el tirador juraba entre dientes y alzaba el arma para disparar nuevamente.

En esta ocasión, el salto elástico de Cole fue un Tobí-Keri, un brinco en el aire y hacia adelante, con proyección de ambos pies hacia el pecho del adversario.

Cayó de lleno sobre el pistolero, que exhaló un grito ronco, y trató de disparar a quemarropa, mientras la figura de Cole se proyectaba hacia él.

No pudo lograrlo. Ahora, la velocidad de los movimientos del *budoka* era infinitamente mayor que la suya, y los miembros de Cole ganaban fácilmente, incluso a una mano armada de pistola automática.

Cayó hacia atrás el agresor, disparando hacia el techo una bala inofensiva, y perdiendo el equilibrio aparatosamente. Rodó por las baldosas del inmediato cuarto de aseo, de donde surgiera con su arma, y Cole se puso elásticamente en pie.

Logró el pistolero ponerse medio de rodillas, alzando, poco a poco, su mano armada. Cole no le dejó ir más lejos. Rápido, adelantó su pie derecho y, con toda la planta del mismo, machacó la cabeza y garganta del adversario, en un Keri-Komi devastador.

El hombre aulló, perdiendo la pistola al aflojársele los dedos a

causa del dolor, y rodó de costado, totalmente inconsciente. No necesitó repetir Cole el golpe, puesto que ya estaba vencido su enemigo.

Vencido, y con vida, como él lo quería. Necesitaba que aquel individuo, fuese quien fuere, hablara sobre lo sucedido a Sue; sobre los motivos de su muerte y sobre la personalidad de quien le pagó para cometer aquel crimen, ya que Frank estaba seguro de que no era más que un asesino a sueldo, un profesional del crimen, contratado para terminar con Sue Norton, fingiendo un suicidio.

Fue rápidamente al teléfono, y marcó el número del Waldorf. Pidió la habitación vecina a la suya, la de Kwan Shang, y oyó la voz del muchacho de raza oriental.

— ¿Sí? ¿Quién llama?

—Soy yo, Frank —dijo rápidamente—. Avisa a la policía y ven aquí con ellos. Han matado a Sue Norton, una antigua compañera mía de trabajo, y han tratado de fingir un suicidio. Creo que tengo en mi poder al autor material del hecho. Date prisa, Kwan.

—Sí, Frank, voy en seguida. ¿Estás bien tú?

—Perfectamente, Te espero —colgó, contemplando tristemente el cadáver desangrado de su infortunada amiga. Luego, se dedicó a revisar toda la planta, sin hallar indicio alguno de otra presencia humana, y sin que encontrase tampoco nada positivo, que le ayudara a imaginar lo sucedido, o las razones que guiaron a Sue para llamarle tan asustada, tan segura de que corría un peligro mortal.

Regresó finalmente al *living* trágico y contempló pensativo la figura tendida del pistolero. Continuaba inconsciente, sin moverse lo más mínimo. Captó, en la distancia, una sirena policial. No tardó en aparecer un coche patrulla en la alameda. Pero seguía escuchándose el sonido de otra sirena en las proximidades.

Dos patrulleros, armados de revólver, entraron en la casa, mirándole con desconfianza, y encañonándole con sus armas. Cole se identificó.

—Soy Frank Cole. He llamado a un compañero mío para que les informase de lo sucedido aquí —dijo.

— ¡Oh, ya vienen ellos desde Broadway, señor! —informó uno de los patrulleros—. Nos comunicaron a nosotros por radio, y nos anticipamos por si era precisa ayuda más urgente. Estábamos de servicio en la zona de Long Island, señor.

Contemplaron el cadáver, y luego se aproximaron al cuarto de aseo, mirando intrigados al hombre inconsciente. Uno de los policías preguntó:

— ¿Quién es él?

—Lo ignoro —declaró Frank—. Pero debe ser un profesional. Llevaba esa pistola con silenciador que yace ahí. Disparó dos veces.

Estaba oculto, y salió cuando yo examinaba el cuerpo de la señorita Norton.

—Parece que ella se suicidó —comentó el otro patrullero.

—Eso parece, pero sospecho que no es cierto. Si no, ¿qué hacía aquí un pistolero y por qué pretendió matarme? Sus declaraciones tal vez nos aclaren algo, agente.

El policía no comentó nada. Estaba dentro del cuarto de aseo, examinando al hombre tendido en las baldosas. Habló con tono grave:

—Creo que es Tony Giordano, el pistolero profesional. Tuvo usted razón en eso, señor

Cole. Pero dudo mucho que sus declaraciones nos expliquen nada.

— ¿Por qué dice eso? —se sorprendió Frank.

—Porque este hombre... está muerto. Parece que algo le ocurrió, porque está poniéndose amoratado, hinchado, con los ojos desorbitados...

Cole lanzó una interjección entre dientes, y corrió al cuarto de aseo, comprobando que eso era cierto. Se inclinó. Tocó la carótida del caído, y puso luego la mano sobre su pecho. No había el menor latido. Ciertamente, estaba muerto.

— ¿Cómo ha podido suceder? —manifestó roncamente, levantado los ojos hacia el policía uniformado, que también se había incorporado, sombrío el gesto.

En aquel momento, Frank descubrió el cuerpo dorado, brillante, articulado, reptando con celeridad sobre el hombro del policía, dirigiendo su pinza curvada hacia el cuello de su víctima...

Era un escorpión.

* * *

— ¡Cuidado! —rugió Cole bruscamente, poniéndose de un salto en pie y dirigiendo su mano en forma de sable o *shuto,* hacia el hombro del patrullero.

Este se revolvió, amenazándole con su arma amartillada, al verse atacado, agredido, al parecer, por el joven *budoka* de rubios cabellos

La mano certera de Cole alcanzó al escorpión sin posibilidad de ser herida, y le hizo saltar por los aires, enroscándose ominosamente su cola sobre sí mismo, en afán de picar a su agresor.

El atónito patrullero vio entonces caer al arácnido de su hombro, y antes de que pudiera comprender lo que aquello significaba, el rápido pie de Frank alcanzaba al pequeño monstruo, aplastándole sin piedad.

Crujió el cuerpo del arácnido sobre las baldosas, y quedó inmóvil, antes de que su rápida maniobra pudiera llevarle a ocultarse en algún resquicio de la estancia.

Resopló el policía, desviando su revólver de Frank, algo avergonzado, y contempló el pequeño cuerpo dorado, sin vida, cuyas patas se agitaban levemente.

— ¿Qué... qué es eso? —jadeó, estremecido.

—Un escorpión, agente —informó Cole, tenso—. No sé si iba provisto de veneno o no, pero estaba a punto de atacarle. Es raro, porque no acostumbran a atacar, a menos que sean molestados. Este llevaba la iniciativa. Era un agresor nato, no un defensor de sí mismo, como son todos los animales de la naturaleza.

—Un escorpión... —repitió el policía, perplejo, mientras otra sirena se detenía ante la casa—. ¡Cielos! ¿Quiere decir que podía ser *venenoso*?

—*Son venenosos*, aunque no siempre mortíferos. Depende de la especie, de su origen... Ese escorpión parecía letal, ciertamente. En cuanto a nuestro pistolero, ahora me explico su color violáceo y su aspecto extraño. Fue envenenado.

— ¿Por el escorpión? —vaciló el patrullero.

—Sí —los ojos cautos de Frank miraron en torno—. Pero no por *ese* escorpión, agente. Vea: al aplastarle, ha brotado un líquido oscuro de su pinza posterior. Eso significa que iba cargado de veneno. El que picó a ese hombre no ha tenido tiempo de que su bolsa de veneno se llenase de nuevo. Tiene que haber en esta casa *otro* escorpión, estoy seguro.

En ese momento, retumbó un disparo de arma de fuego en el *living.* Los dos hombres corrieron a la estancia, alarmados.

Encontraron al otro patrullero con la mirada fija, el revólver humeante, plantado ante algo que llamaba ostensiblemente su atención. Cole y el agente se le aproximaron cuando ya los pasos de otros policías sonaban en el jardín.

— ¿Qué sucedió, Pat? —preguntó el otro agente.

—Miren eso —señaló el patrullero, con su arma recién disparada —. ¿De dónde diablos saldría?

Cole contempló el pequeño cuerpo amarillo, reventado por la potente bala calibre 38. Era el segundo alacrán, el que debió matar al pistolero. Se acercó, le pisoteó la cola. Apenas una gota de líquido venenoso brotó a medias. Estaba vaciado.

—Dos alacranes —murmuró entre dientes, con *gesto* preocupado —. ¿De dónde salieron, realmente, y por qué atacó uno de ellos a ese hombre? ¿Qué esperaba el otro... y por qué actuaron de ese modo?

Luego, bruscamente, recordó unas palabras que Sue pronunciara por teléfono:

—«Los alacranes, Frank... La muerte venenosa, los alacranes... Ya está aquí. Va a terminar con mucha gen te. Nadie podrá evitarlo. Yo sé lo que sucede.

En aquel momento, los patrulleros recién llegados, irrumpían, arma en mano, tratando de averiguar la razón del disparo recién hecho allí dentro. La visión de sus compañeros, sanos y salvos, les tranquilizó.

—El capitán Bowie está en camino hacia acá con su amigo, señor Cole —informó uno de ellos, respetuoso, al reconocer el rostro del *budoka,* muy popularizado, aun contra su voluntad, por la televisión norteamericana,, durante los últimos días, a causa de los trágicos sucesos que tuvieron lugar en Nueva York, durante la lucha contra los Cruzados Amarillos—. ¿Todo está bien aquí?

—Si a esto se le puede llamar bien... —dudó Cole, encogiéndose de hombros tristemente—. Tenemos dos personas muertas... y dos alacranes también muertos.

Le miraron como si se hubiera vuelto loco, de repente, pero eso a Cole no le preocupaba gran cosa en es tos momentos. Eran aquellos dos arácnidos los que le intrigaban» los que llenaban su mente de confusas ideas.

¿Cómo habían llegado hasta allí, y por qué atacaron precisamente a Tony Giordano, el pistolero, y a uno de los agentes que llegaran a investigar, precisamente el primero que se inclinó junto al cuerpo del asesino profesional envenenado?

Era un extraño enigma aquél. Extraño e inquietante.

Un enigma que, apenas iniciado, ya había costado dos vidas. Y lo que era peor: no ofrecía el menor indicio que apuntara en alguna dirección para seguir investigando...

Pero los temores oscuros y extraños de una mujer, Sue Norton, se habían cumplido. No sólo había resultado ser un caso de vida o muerte para ella, sino que aquella otra forma de *muerte venenosa,* sugerida por sus aterrorizadas palabras, se estaba manifestando con una rapidez vertiginosa.

De no ser por él, serían tres las vidas cobradas en estos momentos, en el escaso margen de una hora. El patrullero tampoco podía olvidarlo, evidentemente, porque en ese instante, una mano firme oprimió su brazo con calor, y la voz del policía sonó agradecida y emotiva:

—Señor Cole, nunca olvidaré... que le debo la vida. De no ser por su acción... ahora estaría tan muerto como Tony Giordano...

—No tiene importancia, agente —sonrió Cole, encogiéndose de hombros—. Lo importante es que llegué a tiempo... Por cierto, ese Giordano... ¿sabe con quién trabajaba como pistolero profesional?

—Eso es lo raro. El nunca perteneció al Sindicato. No estaba en tratos con la Mafia, quiero decir. Se contrataba libremente con quien le pagara bien, eso era todo. Alguien, sin duda, tenía interés en ocuparse de la señorita Norton...

—Sí, mucho interés —admitió gravemente Cole, la mirada reflexiva en el vacío—. Y también, según parece, en silenciar al culpable, si era sorprendido...

— ¿Qué quiere decir? —se sorprendió el policía.

—Nada. Sólo pensaba en la terrible eficacia de esos escorpiones... Es como si hubieran sabido exactamente lo que hacían...

En esos instantes, otra sirena se aproximó al paraje, terminando por detenerse ante la casa de la infortunada Sue Norton. Kwan Shang apareció, en compañía de un hombre pelirrojo y fornido, de pequeños ojos perspicaces, color azul, y dos policías de paisano, a los que saludaron respetuosamente los patrulleros.

—Frank, ¿todo bien? —preguntó Kwan» ávidamente, acercándose a su amigo.

—Según a lo que llames bien..., si —suspiró Frank, filosófico.

—Este es el capitán Bowie, de Homicidios de Nueva York —presentó el joven chino—. Se ocupó en parte del caso de los Cruzados. Dice que no paramos de meternos en líos...

—Es la verdad —rió de buena gana el oficial de policía, estrechando con calor la mano de Cole—. ¿Es cierto que dio usted caza a un asesino, señor Cole?

—Tan cierto como que ahora, ese asesino está muerto y ya nada nos revelará jamás — musitó Frank con pesimismo, ante el asombro de Kwan y del policía—. Les explicaré...

Cuando terminó el relato, el capitán Bowie se rascó pensativo los rojos cabellos, y manifestó, meneando la cabeza con estupor:

— ¡Cielos, parece como si esos alacranes supieran lo que hacían! Como si estuvieran amaestrados... para matar.

—Sí —suspiró Cole, asintiendo—. Esa es, justamente; capitán, la conclusión a que yo he llegado también. Y de ser cierta, tendríamos en libertad, capaces de meterse por todas partes, a los peores y más astutos asesinos imaginables...

CAPÍTULO III
ASESINOS DORADOS

—Alacranes... ¿Eso tiene algún sentido?

—No lo sé, capitán Bowie. Pero lo cierto es que aparecieron de repente, atacando a uno de los patrulleros. El primero, ya había picado al pistolero matándole rápidamente.

—Creí que los alacranes no eran venenosos...

—No siempre lo son —convino Cole, pensativo—. Existen diversas especies. Las hay que sólo producen heridas irritantes, más o menos dolorosas. Otras, llegan a intoxicar seriamente, con grave inflamación, y se precisa asistencia médica inmediata. Los menos, son letales con sólo picar, y su poderoso veneno va directo al corazón, provocando el colapso. Esa es, al parecer, la especie que hemos visto en la finca de Sue Norton.

—Pero no tiene sentido. Utilizar primero a un profesional del crimen, luego un par de alacranes venenosos... ¿De dónde pudieron surgir éstos, señor Cole?

—No lo sé, pero empiezo a imaginarlo. Sólo existe, en buena lógica, un medio por el que les fue posible llegar hasta la casa de la señorita Norton.

— ¿Y ese medio sería...?

—El propio asesino, Tony Giordano. El los llevaría consigo.

— *¿El?* ¿Sobre su propia persona?

— ¿Por qué no? Si estaban amaestrados, como usted y yo hemos sospechado, capitán, podría suceder que alguien pudiera llevarlos consigo sin correr peligro.

—Pero..., pero Giordano fue luego atacado. Y muerto.

—Las circunstancias eran diferentes. Giordano había sido abatido, estaba inconsciente. Es posible que el amaestramiento de tales arácnidos llegase a permitirles advertir esa situación, y la orden recibida por su domador fuese la de atacar y matar, siempre que su portador corriera el peligro de ser interrogado y hablara de más.

— ¡Cielos! Eso significaría que los alacranes están realmente entrenados para todo... Una posibilidad horrible, señor Cole.

—Pero posible también, capitán. Sue Norton temía algo de los alacranes. Es lo que me dijo por teléfono. Luego, la mataron, fingiendo un suicidio. Y después... aparecen esos alacranes. Curioso, ¿no? Y muy significativo...

—Sí, eso es cierto. De no ser por su testimonio, la muerte de esa

mujer hubiese sido a todos los efectos un claro suicidio. Se ha comprobado su letra, en la misiva que dejó escrita antes de morir, y parece legítima. En el mensaje, dice que va a matarse cortándose las venas, y que nadie debe ser culpado de su muerte. Tenía un historial psiquiátrico negativo. Ya estuvo una vez a punto de suicidarse. Todo contribuía a hacer verosímil la historia.

—Es evidente que lo planearon todo adecuadamente, pero ¿por qué? ¿Qué significaba Sue para ellos? Es lo que me intriga. Ella era solamente una ex actriz, hoy retirada... ¿Por qué tomarse la molestia de fingir un suicidio, de falsear una carta, de contratar a un pistolero profesional, no demasiado inteligente, por otro lado?

—No sé, señor Cole. Pero le diré algo. Su amiga, la señorita Norton, era algo más que una ex actriz con problemas psiquiátricos y nerviosos.

— ¿Sí? —Frank miró curiosamente a su interlocutor—. ¿Qué más era ella, en realidad, capitán Bowie?

El oficial de la División de Homicidios de Nueva York, se echó atrás en su asiento, tomó unos papeles de su mesa de trabajo, en el Departamento de Policía donde estaba reunido ahora con Frank, y tras elegir uno de ellos, lo mostró al joven *budoka,*

—Vea esto —dijo apaciblemente—. Es un informe que acaba de llegar a mi despacho. Sue Norton era actualmente la amante de Alexander Armstrong.

— ¿Alexander Armstrong? —Cole frunció el ceño—. Me suena ese nombre...

—A. A. —suspiró el capitán, moviendo la cabeza—. Un VIP. Alguien muy importante en el país. Y fuera de él. Un magnate de la industria y de las finanzas. Parece ser que la situación de su amiga no era muy boyante hace un par de años. Luego, su relación íntima con A. A, le reportó una nueva posición. Gracias a eso tenía medios de vida, una casa en Oyster Bay y todo lo demás...

—Y quizá, gracias a ello, encontró también la muerte —sentenció con voz grave Cole.

—Quizá —el policía le miró, sorprendido™. De momento, le interesará saber algo más. Alexander Armstrong... ha desaparecido.

— ¿Qué?

—Se ignora su paradero. Desapareció hace tres días. Se sospecha un secuestro, pero no hay confirmación alguna de ello, ni los raptores han dado señales de vida. ¿Cree que ambos asuntos pueden estar relacionados?

—Algo más que eso, capitán. Estoy *seguro* de que ambos responden a un mismo móvil y circunstancia…

* * *

—El señor Armstrong... Sí, en efecto. Ha desaparecido. Y no sabemos absolutamente nada sobre su actual paradero, señor Cole.

Frank Cole contempló pensativamente a su interlocutor. La estatura, arrogancia y majestuosa energía de aquel hombre altísimo, de blancos cabellos y rostro bronceado, serio e inexpresivo, de ojos azules y profundos, podía impresionar fácilmente, aunque él fuese un hombre que rara vez se impresionaba por nada.

— ¿No existe la posibilidad de un secuestro, de una demanda de rescate por él? — sugirió Frank vivamente.

—Claro que existe —el hombre ni parpadeó—. Pero ni yo ni su empresa hemos recibido notificación alguna al respecto. Todo son conjeturas, y nada más.

— ¿Y su familia?

—Su familia tampoco sabe nada —su voz tomó una frialdad mayor—. Tenga en cuenta que él vive separado de su esposa e hija. Pero ellas se preocupan igualmente por él. No, tampoco saben cosa alguna sobre un posible rescate.

—Usted, como socio suyo... ¿qué piensa al respecto?

—No sé qué pensar. Sencillamente, temo siempre lo peor en casos así. La ausencia de noticias, de información sobre su estado o paradero, me resulta un indicio pesimista.

— ¿Acaso teme que le hayan asesinado?

— ¿Por qué no? —se encogió de hombros el caballero de pelo blanco algodonoso—. Tiene muchos enemigos. Todos los grandes industriales los tienen, a fin de cuentas. Mi amigo y socio Alexander Armstrong es una persona notable en ese terreno. Era de temer algo así. Pero uno nunca se hace a tal idea.

—Si sucediera lo peor, ¿cómo quedarían las industrias y la fortuna del señor Armstrong a su muerte?

—La esposa y la hija heredarían sus bienes. Yo seguiría siendo su director general y administrador único de sus industrias.

— ¿Y... Sue Norton? —sugirió Cole, pensativo.

— ¡Oh, la señorita Norton...! —el hombre humedeció sus labios. Evidentemente, la pregunta le resultaba embarazosa—. Ella..., ella tendría un legado. Un generoso legado, pero nada más. Era la voluntad del señor Armstrong respecto a ella.

—Entiendo —suspiró Cole, poniéndose en pie. Tendió su mano a Lukas Neville, socio industrial de Alexander Armstrong en sus factorías y negocios—. Es todo, señor Neville, gracias.

— ¿Le ha servido de algo mi ayuda? —se interesó, solícito, Neville—. Al llamarme el capitán Bowie y pedirme este favor, le dije que lo haría gustosamente si con ello podía ayudar a mi socio en alguna forma. ¿Es usted detective privado quizá?

—Algo parecido —sonrió enigmáticamente Cole—. Le tendré al

corriente de todo, señor Neville, si averiguo algo sobre el paradero o la suerte actual de su socio, el señor Armstrong.

—Se lo agradeceré mucho. Después de todo, la desaparición del señor Armstrong ocurrió en un momento en el que, tal vez, muchas cosas hubieran podido cambiar para el mundo. Yo, ahora, no sé qué decisión tomar al respecto.

—Al respecto, ¿de qué? —se interesó Cole, deteniéndose junto a la salida.

—Del último asunto en manos de mi socio. Es muy importante. Podría ser un gran fracaso o una inversión de incalculable valor. Y ni siquiera sé qué decirle a nuestro cliente, el señor Copland…

— ¿De qué asunto se trata, para ser tan importante si sale bien?

—No hay evidencias de que tenga que salir bien. Si fuera así, su valor resultaría fabuloso, una auténtica revolución mundial, señor Cole. No puedo decirle más, compréndalo. Son secretos industriales. Pero el asunto me tiene muy preocupado. Si en el plazo de tres días no sabemos algo de mi socio, es posible que la operación se malogre, o que cometa el mayor error de mi vida. Un error que costaría millones.

—Lamento no poderle ayudar en su elección, señor Neville —sonrió Cole—. Y menos, sin saber siquiera de qué se trata… Hasta pronto. Y gracias por todo.

Abandonó el edificio de las Industrias Armstrong Limited. No había sacado mucho en limpio de su visita al socio de la empresa. Tampoco lo había esperado. Pero algo le decía que la desaparición de Armstrong no era nada ajena a la muerte trágica y misteriosa de Sue Norton, su querida compañera Pequeña Flor del Cerezo.

Mientras regresaba Frank al automóvil alquilado en Nueva York para utilizarlo durante su estancia en la ciudad de los rascacielos, iba pensando en Lena Tiger.

Y en la posibilidad de que, tal vez ella, en la misión que le había asignado aquel mismo día, tras conocer a través del capitán Bowie las circunstancias que rodeaban la vida y muerte de Sue Norton, tuviera más fortuna que él y llegase a alguna parte, aunque ignoraba adónde…

* * *

Era allí.
Terrario y Acuario Staten Island Marineland

La esbelta, elástica y cimbreante figura oscura, se detuvo junto a la verja que daba acceso al edificio destinado a acuario y terrario. Dividido en dos, marcaba una y otra instalación, separados ambos edificios por un canal de agua salada que conducía a un amplio recinto donde se anunciaban también delfinarios y un parque natural a la orilla del mar.

Lena Tiger cruzó el acceso al recinto. Sus bien formadas piernas, como bronce vivo y elástico, taconeaban sobre su calzado blanco, impecable. Los *shorts* se ceñían a unos muslos tersos y llamativos. La blusa liviana, translúcida, permitía dibujar con nitidez los pechos broncíneos, firmes, rematados por el oscuro pezón. Era una escultura canela que se movía con raro ritmo y elasticidad, como si fuese un felino más que una mujer.

En el bonito rostro, bajo el rizado cabello afro, crespado y espectacular, destacaban sus carnosos labios y sus ojos oscuros y fulgurantes, llenos de astucia e inteligencia.

Era una mujer segura de sí, de firmes decisiones y audacia manifiesta, capaz de llegar hasta donde fuese cuando se trataba de cumplir lo que se esperaba de ella. O quizá lo que ella misma exigía a su propia persona.

Sus pasos la encaminaron al Terrario concretamente, donde se detuvo ante una de las puertas, aquella en que se anunciaba sobre una placa metálica:

DEPARTAMENTO DE INVESTIGACIÓN PROHIBIDO EL PASO A TODA PERSONA AJENA AL MISMO

Debajo, otra placa anunciaba:

DIRECCIÓN DE SERVICIOS: PROFESOR N. VAN DYKE

Lena empujó la puerta, que cedió a su presión. Una escalera ascendía a una planta alta, de la que llegaba una fuerte luz solar, a través de amplias vidrieras.

Subió decididamente. Al llegar arriba, una mujer apareció ante ella, llevando consigo unos recipientes conteniendo crías de pequeños caimanes. Miró, sorprendida, a la muchacha de color.

— ¿Adónde va usted? —la interpeló—. Está prohibido entrar aquí...

—Lo sé, lo sé —la calmó Lena, mostrando una amplia sonrisa en su boca sensual—. Busco al profesor Van Dyke, señorita...

—Soy la doctora Nielsen —se presentó la otra, algo seca—. Greta Nielsen, de los Servicios de Investigación Biológica de esta institución. ¿Puedo servirla yo en algo?

—Confiaba en ver personalmente al profesor Van Dyke, doctora

Nielsen.

—El profesor está demasiado ocupado para recibir visitas —cortó la doctora, más seca aún—. En verdad, puedo exigirle que se marche de aquí inmediatamente, Pero si es usted periodista, escritora, o está interesada científicamente en animales terrarios, yo...

—No soy periodista ni escritora —negó la mulata—, Me interesan los alacranes.

La doctora Nielsen la contempló con ojos repentinamente abiertos y un claro gesto de perplejidad. Era una mujer de cabellos oscuros, largos, suaves y sedosos, cuerpo algo rechoncho pero no exento de atractivo, a causa de sus bien pronunciadas curvas. Tenía un rostro agraciado e inteligente, y sobre su breve nariz lucía unas gafas algo sofisticadas, de montura plateada y cristales amarillos, pero no para efectos solares.

— ¿Los alacranes? —repitió—. ¿Por qué precisamente los alacranes, señorita...?

—Tiger, Lena Tiger —sonrió la muchacha de color.

—Bien, señorita Tiger. Yo puedo ayudarla, si tanto Interés tiene en ellos. ¿Quiere seguirme? Aunque no está autorizado, la atenderé gustosamente. No dispongo de mucho tiempo. Espero que en diez minutos, pueda facilitarle los datos que precisa.

—Es muy amable, doctora —agradeció Lena, siguiendo a la dama de los recipientes con crías de caimanes.

Entraron a través de una puerta de vidrio escarchado en un amplio local encristalado, asomado a una cisterna repleta de peces diversos. La claridad era allí intensa, y sobre una serie de mesas, tableros y vitrinas, se alineaban toda clase de animales propios de un terrario, desde reptiles de todo tipo hasta saurios adormecidos y apacibles, pasando por alacranes, tortugas, camaleones, y todo tipo de animales de la especialidad.

La doctora Nielsen se aproximó a la larga galería de criaturas allí reunidas y depositó los recipientes con las crías de caimanes, volviéndose luego hacia su visitante con una cortés sonrisa. Sus ojos, pese a todo, parecían mantener una cierta expresión de alerta.

—Y bien, señorita Tiger, ¿qué sucede con los alacranes, para que tenga tanto interés por ellos? Si no es periodista, ¿es acaso investigadora?

—Tampoco. Mi interés por esos arácnidos es totalmente ajeno a la zoología y a la biología animal, doctora —manifestó Lena, con un suspiro—. Aunque quizá no totalmente.

—Temo no entenderla bien... —enarcó sus cejas, enigmáticamente, la joven investigadora del Terrario de Staten Island.

—Es fácil. Busco alacranes venenosos.

—Todos lo son, en mayor o menor grado.

—Yo los busco en grado máximo. Mortales. ¿Los hay, doctora?

—Claro. Los hay. Pero no abundan tanto como la rente cree. Existen algunos en África, los hay también en este continente. Nosotros mismos tenemos algunos aquí, cuidadosamente aislados. La mayoría de ellos sólo producen intoxicaciones leves o irritaciones. La leyenda ce los escorpiones venenosos es más obra de escritores baratos que de la realidad científica, señorita Tiger.

—Supongamos que alguien tuviera esa clase de alacranes, los venenosos. ¿Sería posible… *amaestrarlos*?

— ¿Amaestrarlos? —la doctora Nielsen, que acababa de tomar de una estantería un tarro con unos productos rotulados debidamente, casi dejó caer uno de ellos, tal fue su inesperada y brusca reacción—. Pero… ¿qué quiere decir?

—Justamente lo que dije —Lena no la perdía de vista—. Amaestrarlos, doctora Nielsen.

¿Es posible?

—Toda clase de criaturas pueden ser amaestradas en realidad —ella se encogió de hombros, aunque en su rostro seguía reflejándose cierta inquietud—. Pero no creo que resulte tarea muy rentable amaestrar alacranes, la verdad.

—Pero es factible, ¿no? —insistió Lena.

—Sí, claro. Es posible.

— ¿Usted ha visto alguna vez alacranes amaestrados, doctora?

Vaciló la joven investigadora. Pareció dudar mucho antes de hablar. Una especie de sombra cruzó sus ojos. Apretó los labios. Manifestó luego con lentitud, casi con amargura:

—Los he visto, sí,

— ¿Dónde?

—Aquí. En este terrario.

— ¿Aquí?

—Sí… —suspiró hondo—. Un hombre los amaestraba con pasmosa facilidad.

— ¿Quién era él?

—Mi…, mi prometido —susurró ella con voz quebrada.

—Ya —Lena notó que pisaba terreno quebradizo—. ¿Rompieron sus relaciones?

—Él las rompió súbitamente. Se fue de aquí. No volví a verlo.

— ¿Puede hablarme de él… sin que le resulte demasiado doloroso?

—Esas cosas siempre son dolorosas —paseó la doctora Nielsen por el terrario, examinando determinadas especies en estudio—. Pero ya me hice a la idea. Hace casi un año que desapareció.

— *¿Desapareció?* —Lena repitió la palabra con peculiar entonación de voz.

—Bueno, se fue. No llegó ni a despedirme de mí. Dejó una nota despidiéndose del trabajo y de todos nosotros. Eso fue todo. Nunca más ha vuelto por aquí. Le enviamos sus cosas a una agencia de depósitos y equipajes en Manhattan. Eso fue todo.

— ¿Cómo era esa nota? ¿Manuscrita?

—No —la doctora la miró con súbita extrañeza—. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada —los ojos de ambas mujeres se encontraron largamente—. Era sólo eso, una simple pregunta casual.

—No lo pareció. ¿Cómo sospechó que él había dejado una nota mecanografiada, sin firma?

—Lo imaginé, simplemente —Lena sacudió la cabeza—. Puede que alguien le obligara a irse de aquí. Por la fuerza, quiero decir. El no quiso escribir la nota de despedida. Y alguien la trazó a máquina. ¿Puede decirme algo más de él?

—Espere. ¿Es usted policía, acaso? —preguntó la doctora Nielsen, repentinamente alerta.

—Algo parecido —sonrió vagamente Lena, sin comprometerse —. Tal vez pueda evitar que su prometido corra un grave peligro.

— ¿Qué peligro?

—Cualquiera. Incluso la muerte.

— ¡Dios mío, no! Roland no puede..., no puede peligrar así... —jadeó, pálida, la doctora Nielsen, acercándose a su visitante—. Dígame que no es cierto. El..., él DO tenía nada que pudiera importarle a nadie. Es un joven que estudia zoología, que se divertía amaestrando arácnidos y reptiles. Tenía una rara facilidad para ello. Quiero decir... que *la tiene*. No puede haberle sucedido nada, ¿verdad?

—Tal vez aún no. Pero puede sucederle en cualquier momento, si usted no me ayuda.

— ¿Qué quiere saber?

—Su nombre, su descripción, todo lo que sepa acerca de él...

—No es mucho lo que sé —susurró la doctora Nielsen amargamente—. Su nombre es Roland Lefévre... francés de nacimiento, pero canadiense de nacionalidad. Residía hace tres años en los Estados Unidos. Se empleó aquí. Es un chico atractivo, inteligente, simpático... Me sentí atraída por él. Creí que también él me quería. Nos prometimos formalmente. No tenía familia. Y, de repente... desapareció. Es todo lo que puedo contarle.

— ¿Su aspecto físico?

—No muy alto. Bien parecido, esbelto. Ojos grises, pelo castaño, nariz recta. Viste deportivamente casi siempre. Muy nervioso, muy sensitivo.

—Habrá cientos de miles así por Nueva York —suspiró Lena—. ¿Nada más de particular?

—Bueno, él… tiene un fuerte acento francés al hablar. Y ríe con frecuencia. Tengo una fotografía con él. Pero es pequeña. Una foto *Polaroid,* de ésas de revelado instantáneo. Nos la hizo el profesor Van Dyke en el delfinario, semanas antes de desaparecer él…

— ¿Puede facilitármela? Se la devolveré, doctora. Obtendremos de él una copia, una ampliación. Tal vez nos ayude a localizarle a tiempo, a saber algo más de él, de su paradero actual…

—Espere un momento —rogó la doctora. Fue a un armario, lo abrió, rebuscó en unos papeles, y le tendió a Lena una pequeña cartulina con una imagen cuadrangular, en color desvaído.

La joven mulata vio allí a un joven atractivo y jovial, tomando de la mano a la doctora Nielsen. Esta no llevaba allí su bata blanca, sino un suéter y unos pantalones. Parecía muy feliz en aquella instantánea.

—Puede llevársela. Pero eso sí, le agradeceré que pueda devolvérmela. Es lo único que me recuerda a Ro Sand…, aparte el anillo que me regaló.

—Cuente con ello —prometió Lena, con una dulce sonrisa—. La tendrá de vuelta en seguida. Comprendo lo que siente, amiga mía. Parece un joven muy atractivo.

—No sólo eso. Le quería… y sigo queriéndole —ella bajó la cabeza, suspirando con tristeza—. Aún no he logrado comprender cómo pudo desaparecer así…

—Ya le he dicho que cabe en lo posible que no fuese por su propia voluntad, doctora

—le recordó Lena. Y volviendo al tema principal, insistió ahora —: ¿Sabía alguien que él tenía afición especial a amaestrar alacranes?

—Bueno, lo sabíamos quienes trabajábamos con él. Yo misma, el profesor Van Dyke, los demás empleados del Terrario… El profesor le estaba diciendo siempre que era una afición muy peligrosa, que cualquier día podía fallarle… y una simple picadura podía serle fatal, ya que él acostumbraba a manipular preferentemente los ejemplares venenosos.

—Los ejemplares venenosos… —Lena Tiger se aproximó, contemplando los recipientes enrejados, en cuyo interior se hacinaban dorados cuerpecillos con la terrible pinza atrás—. ¿Sabe si se pueden obtener fácilmente esa clase de arácnidos?

—Nosotros los obtenemos con facilidad, gracias a nuestros servicios en muchos lugares del país y del extranjero —la doctora Nielsen la miró con aire preocupado, y sin poder ocultar su intriga—. Pero imagino que no es difícil conseguirlos, si se desea. Abundan mucho todas las especies, sobre todo en lugares desérticos.

— ¿Incluso los mortíferos?

—Esos ya son más difíciles. Habitualmente, han de traerse de

Sudamérica o de África. Es donde los hay. ¿Por qué me pregunta todo esto, señorita Tiger? No entiendo bien adónde quiere ir usted a parar...

—A mí también me gustaría saberlo con exactitud, créame. Pero lo cierto es que las cosas distan mucho de estar claras. —Lena se encaminó a la salida del laboratorio, con paso lento—. De todos modos, tiene derecho a saber algo, doctora Nielsen. Hay alguien que ha cometido un asesinato... utilizando un escorpión venenoso, Letal. Todo hace suponer que ese escorpión actuó *amaestrado* por alguien, ¿entiende?

— ¡Cielos, no...! —palideció intensamente la doctora—. No puede ser...

—Sí, doctora. Así ha sucedido. Es posible, que alguien esté utilizando la rara habilidad de su prometido en ese terreno, para utilizar un medio nuevo y silencioso de matar. O tal vez ese joven mismo, Roland Lefévre, por la razón que sea... se ha convertido en un criminal peligroso.

— ¡No, imposible! —protestó la doctora agitadamente—. Eso no, nunca...

—Quiero pensar como usted. Por lo tanto..., la primera posibilidad es la que tiene más visos de realidad. Cosa que dista mucho de ser tranquilizadora para la seguridad personal de su prometido. El joven Lefévre posiblemente esté a salvo..., sólo mientras alguien necesite de sus facultades domesticadoras de animales tan peligrosos, doctora. Por eso urge dar con él, esté donde esté... Ha sido muy amable al atenderme. Gracias por todo. Volveré para traerle su fotografía, esté segura.

Agitó su mano, saliendo del laboratorio. Descendió con paso rápido, y alcanzó el exterior del recinto, encaminándose a la verja del Terrario. Vio en la puerta a tres hombres agrupados, charlando entre sí, al parecer interesados en la naturaleza de aquel lugar.

Pero dejaron pasar a Lena, haciéndose a un lado, y ella se alejó unos pasos de la verja, en dirección a su coche.

Justamente entonces, su instinto la avisó.

Aquel sexto sentido que la hacía intuir a veces el peligro, salvó su vida en esta ocasión. Porque a espaldas suyas, apenas si se había producido el menor ruido.

Pero cuando ella giró sobre sí misma con celeridad increíble, convertida en un manojo de músculos y tendones en acción, la muerte venía ya sobre ella, en forma de tres asesinos tan silenciosos como implacables.

Silenciosos, si. Asesinos silenciosos, sin duda alguna. Pero terriblemente eficaces.

Eran estranguladores. Los tres llevaban en sus ágiles manos cordones de seda negra, como los servidores de la diosa Kali en la

India, en tiempos de la colonización británica. Pero ahora no ocurría en ningún país lejano y exótico, sino en el corazón mismo de los Estados Unidos, en el propio Nueva York.

Pese a la rapidez vertiginosa que había impreso Lena a su media vuelta providencial, ya los tres asesinos de la seda negra estaban sobre ella, y uno de los mortíferos lazos circundaba su cuello de piel color bronce...

CAPÍTULO IV
LA MUERTE TIENE MUCHAS CARAS

Lena parecía vencida. Por vez primera» la muerte rodeaba su garganta con un abrazo de hielo, personificado en aquella cinta de seda escurridiza y mortífera.

Y ya otros dos lazos corredizos, en manos expertas, iban a cerrarse en tomo a su cuello, fatalmente.

La mulata, sin embargo, no estaba derrotada aún» ni mucho menos. Todo lo que ella necesitaba para luchar, era tener a los enemigos a su alcance. Y así sucedía. Podía tocarlos con sus manos extendidas. Eso era suficiente. Porque sus manos, como sus pies» eran sus mejores y más eficaces armas.

Estiró con celeridad sus dedos de ambas manos, en vez de forcejear estérilmente con sus agresores. Ningún esfuerzo normal hubiera supuesto la salvación del ataque mortal de que era objeto. Pero Lena Tiger era una excelente experta *aikidoka,* y lo demostró ahora» con rapidez y precisión implacables.

No podía tener muchos miramientos con aquellos desconocidos, porque era su vida la que estaba en juego, y cualquier concesión a los enemigos, significaría su muerte cierta. Tenía que matar o morir» lo sabía muy bien.

Y mató.

Aferró la primera muñeca próxima a ella, con una técnica impecable y vertiginosa, utilizando el Ushiro Tebuki Kubi Dori. Esto es, la presa de una muñeca por detrás» ya que el más peligroso agresor estaba a su espalda, y luego la posterior estrangulación del mismo, con escalofriante sencillez.

El lazo de seda negro quedó sin oprimir del todo, cuando sus dedos soltaron al vencido, que rodó pesadamente por el asfalto. Luego, rápidamente, en simples fracciones de segundo, Lena concentró su atención en los otros dos estranguladores, que tras una brevísima indecisión ante la rápida muerte de su compinche, trataron de terminar lo antes posible con la joven de color, concentrando sus esfuerzos en una doble lazada mortal sobre su cuello.

Fracasaron ambos, sorprendentemente, cuando las manos de Lena se alzaron, rápidas, precisas, y aferró las muñecas de ambos hombres simultáneamente. Fue la muñeca derecha de uno, y la zurda de otro, utilizando la técnica de Ryote Dori, o presa de dos muñecas, pero en vez de las de un solo enemigo, tomando una de cada uno, y

frenándoles su agresión.

Antes de que ellos pudieran reaccionar adecuadamente, Lena les desequilibró violentamente con un cambio de ritmo y de postura de sus pies, describiendo un leve giro y forzando a los estranguladores a seguirla, tambaleantes.

Después, cuando ellos dirigieron sus manos libres hacia ella, con la intención de golpearla, Lena soltó ambas muñecas, empezaron a caer los dos enemigos, totalmente en desequilibrio, sin conseguir su propósito, y entonces Lena proyectó de nuevo ambas manos, en Te Katana, alcanzándoles en el cuello a los dos. Fue un doble impacto seco, demoledor, que nadie hubiera podido imaginar tan devastador en sus efectos.

Los dos asesinos cayeron de bruces en el asfalto, junto a su compañero sin vida. Y apenas golpear el suelo, se agitaron un breve instante y quedaron tan inmóviles como el que cayera antes.

Los tres estaban muertos. Lena no necesitaba examinarles para comprobarlo. Sabía cuándo tenía que golpear de modo fatal. De otro modo, los estranguladores hubieran vuelto a la carga... o hubieran utilizado otros medios para terminar con ella.

Se inclinó, sin embargo, registrando sus ropas. Encontró un cuchillo en cada uno de ellos. Eran armas afiladas, automáticas, de hoja encerrada en el mango. Seguro que las hubiesen empleado contra ella, de no proceder a descargarles golpes de muerte. Siempre le dolía terminar con vidas humanas. Pero a veces, no quedaba otro remedio, desgraciadamente.

Miró en derredor. La zona continuaba desierta, sin verse a nadie en el claro rodeado de setos y césped, con el Terrario y Acuario en el otro lado. Nadie tampoco había presenciado la rápida lucha a muerte de una mujer sola, enfrentada a tres asesinos sin piedad.

—Esta vez no usaron alacranes ni pistoleros —comentó para sí, a media voz, sacudiendo la cabeza—. Evidentemente, tienen toda clase de profesionales del crimen... Porque no hay duda de que es cosa de ellos. Los mismos que mataron a la amiga de Frank, los que manejan esos malditos escorpiones venenosos... Pero ¿quiénes se ocultan detrás de todo eso, y qué es lo que les mueve?

No llegó a contestarse a esa pregunta que se hacía a sí misma, si es que realmente estaba capacitada para dar una respuesta. Otros acontecimientos atrajeron inmediatamente su atención.

Un grito agudo de mujer llegó procedente del Terrario. Era un grito de angustia, de terror evidente...

Lena Tiger olvidó inmediatamente a los tres estranguladores, y corrió hacia el edificio de investigación zoológica, temiendo lo peor.

Penetró como una exhalación en el edificio, casi derribando a su paso a un hombre de cabellos canosos, muy blancos y cuidados, y

barbita recortada, igualmente blanca, que lucía una bata similar a la de la doctora Nielsen. Le hizo a un lado, sin contemplaciones, y subió las escaleras hacia el laboratorio, al tiempo que el hombre canoso le gritaba con voz ronca:

— ¡Eh, espere! ¿Quién es usted? ¡No se puede entrar ahí…!

— ¡Lo siento, señor, no hay tiempo para otra cosa! —replicó Lena, empujando violentamente la puerta vidriera y penetrando impetuosa en el laboratorio de estudios zoológicos.

Ya era tiempo. Un nuevo grito de horror brotaba de labios de la doctora Nielsen, cuando Lena hizo su entrada en el recinto.

Había motivos para ello.

La doctora aparecía arrinconada, con los ojos dilatados por el pánico, fijos en un punto muy próximo a ella. Un punto donde estaba la muerte.

La muerte dorada, que Lena Tiger encaraba por vez primera, y que logró provocarle un escalofrío a la valerosa mulata. También sus ojos, durante un segundo o poco más, se clavaron en aquellos cuerpecillos articulados, de color amarillo aurífero, translúcidos y en lento movimiento… ¡sobre ambos brazos de la doctora!

Eran escorpiones. Movían, vibrantes, sus curvadas colas, a cuyo término se veía la temible pinza, erecta, como nerviosa, a punto de herir. Un movimiento cualquiera, el simple empeño de la doctora por aplastar a uno de ellos o por quitárselo del brazo, significaría el inmediato ataque mortal del otro.

Dos escorpiones atacándola, moviéndose hacia su cuello para matar con más seguridad…

—Dios mío, no… —jadeó—. ¡No se acerque a mí! ¡No intente quitármelos! ¡Son venenosos, los conozco bien! Están excitados por algo, a punto de atacar… Su picadura atravesaría fácilmente mi bata… y no llevo mangas debajo. Y si la toca a usted… también morirá…

En la puerta del laboratorio, apareció ahora el hombre de pelo canoso, que se quedó rígido, contemplando la escena. Sus ojos revelaron angustia al comprender lo que sucedía.

—Doctora… —susurró—. Van a matarla cuando lleguen a su cuello, es obvio… Son ejemplares altamente ponzoñosos, de Centroamérica…

—Lo sé, lo sé, profesor Van Dyke… —gimió la doctora, mortalmente pálida, sus labios resecos, la mirada extraviada—. Pero no puedo hacer nada. Nadie puede hacerlo…

Lena apretó los labios. Se concentró de forma intensísima, como en trance. Puso su mente en blanco. Sus tendones, nervios y músculos se tensaron primero, para relajarse después lentamente. Concentró todo su poder físico y mental en un solo objetivo.

De su boca carnosa, brotó el grito ronco, el estallido sonoro de su enorme concentración psíquica:

— ¡KIAI!

Y proyectó hacía delante, en fracciones increíbles de segundo, sus dos brazos.

Nadie llegó a ver sus manos, tal fue la rapidez y la contundencia con que las movió, disparadas como ballestas. Precisión, sangre fría y velocidad, eran los únicos recursos posibles para intentar salvar una vida humana.

Lena lo logró.

Sus dedos rígidos, en forma de sable, alcanzaron a los dos alacranes. Estos, con su característica rapidez de reflejos, dispararon sus curvas colas, buscando picar, bien las manos de Lena, bien los brazos indefensos de la doctora Nielsen.

No lograron una ni otra cosa.

Sorprendentemente, las manos vertiginosas de la joven *aikidoka,* alcanzaron los dos cuerpos dorados. Saltaron por los aires los alacranes, y fue entonces cuando dispararon ya sus colas, inofensivamente para ambas mujeres.

Apenas tocaron el suelo, Lena les aplastó con rápidos pisotones, exhalando luego un suspiro de alivio. La doctora Nielsen pareció a punto de desvanecerse cuando se relajaron sus nervios. Y el profesor Van Dyke, desde la entrada, susurró con tono impresionado:

—Increíble… ¿De dónde salieron esos alacranes, doctora?

—No… no sé… —jadeó ella—. Les vi de pronto sobre mi cuerpo, subiendo hacia los hombros…

— ¿Cuándo sucedió eso? —quiso saber Lena, interesada.

—Cuando me aproximé ahí, para cuidar de uno de los pequeños caimanes... señaló hacia un punto del laboratorio.

Lena Tiger clavó los ojos en ese lugar. Era un rincón cercano de la sala de estudios zoológicos. Solamente había los recipientes con los pequeños saurios... y una ventana entreabierta.

Con una rápida idea, la mulata corrió a esa ventana

la abrió sin esperar un solo instante. Llegó a descubrir al hombre, deslizándose hacia abajo por el tubo de desagüe, con agilidad.

— ¡Ahí! —gritó—. ¡Ese fue el portador de los alacranes venenosos, y está huyendo ahora...!

El profesor Van Dyke, rápidamente, salió del laboratorio, corriendo escaleras abajo.

Lena, por su parte, no perdió el tiempo en seguirle por ese camino. Ante la sorpresa de la doctora Nielsen, salvó el alféizar de la ventana y se deslizó igualmente por el canalón metálico, en pos del fugitivo.

Este la miró con gesto de ira. Era un hombre de facciones duras y fría expresión.

Apenas tocó el suelo, se precipitó a la carrera, tratando de salvar la zona alambrada y los setos, para huir del lugar.

Lena, desde la altura, saltó elásticamente sobre él. Fue como si una hermosa pantera negra describiera su salto fantástico sobre el enemigo en fuga. Y le alcanzó matemáticamente. Ambos rodaron por el asfalto, jurando entre dientes el hombre, de forma airada, pero convencido todavía de que una mujer no podía ser enemigo serio para él. Y menos una joven esbelta, sin musculatura poderosa ni aspecto demoledor. Esa confianza le fue funesta.

Porque cuando aferró a la muchacha por sus muñecas, intentando reducirla y golpearla luego brutalmente, sufrió la primera y desagradable sorpresa.

Ella y su enemigo estaban de rodillas cuando eso sucedía. Lena, apenas se notó la presa doble en sus muñecas, recordó la técnica de la presa Za-Zen o Za-Ho, y actuó en consecuencia.

Apenas el hombre tomó sus muñecas con férrea energía, ella adelantó sus manos abiertas con celeridad, y golpeó los hombros del contrario. Fue tal el golpe, orientado hacia la izquierda, que el contrario osciló, desequilibrado hacia ese punto. Lena, sin vacilar, siguió dando la vuelta, siempre de rodillas, con gran celeridad, para terminar de controlar la caída del portador de los alacranes, hasta su final.

Inmovilizado, el hombre clavó unos ojos enormemente asombrados en ella. Ni un jadeo alteraba la rítmica respiración de la joven mulata, vencedora absoluta del rápido choque.

—Mal…dita… —jadeó el vencido—. ¿Cómo pudiste…?

— ¡Quieto, amigo! —silabeó la muchacha—. Ahora vamos a hablar los dos de muchas cosas. Tengo curiosidad por saber qué significan esos alacranes asesinos… y quién los manipula realmente. No intentes nada. Si quiero, podría dejarte muerto ahora mismo.

El hombre parecía creerlo. La contempló con disgusto y rabia, y se disponía a replicar agriamente a su vencedora, cuando su boca se convulsionó en un rictus crispado, exasperado, y emitió un largo chillido de profundo dolor. Su cara se tomó lívida, la angustia y el sufrimiento asomaron a su gesto.

Lena le contempló con asombro, sin llegar a entender, hasta que el hombre gimoteó:

—El maldito… alacrán… Me… ha matado… Skorpio… no perdona… errores…

— ¿Qué? —Lena se apartó del hombre, que se estremecía, entre convulsiones, y pronto descubrió, emergiendo de entre sus ropas, un cuerpo amarillento, articulado, moviendo velozmente sus patas… De su cola punzante, desprendíase una gota oscura de líquido…

— ¡Veneno! —jadeó Lena—. ¡Ese alacrán que llevaba encima… le ha matado!

El moribundo asintió, agitándose horriblemente, cuando ya el profesor Van Dyke se aproximaba a ellos, empuñando un arma de fuego que, a la vista de los acontecimientos, no hacía ya ninguna falta.

— ¿Quién…, quién nombró usted? —preguntó al moribundo, tras apartar con repugnancia la figurita articulada, color oro, y aplastarla en el asfalto—. ¿Quién es Skorpio?

—Skorpio…, el… el patrón de…, de todos… —farfulló—. Es el…, el amo… Skor…

No dijo más. La muerte era rápida. Cayó la cabeza atrás, golpeando el asfalto. Estaba muerto. Lena Tiger se irguió lentamente. Miró al profesor Van Dyke. Meneó la cabeza, con pesimismo.

—Llevaba también la muerte consigo, profesor. Si lograba escapar, nada le sucedía.

Si era capturado…, el alacrán tenía instrucciones de matarle.

— ¡Dios mío…! —el profesor Van Dyke bajó su mano armada con estupor—. No es posible. Un alacrán no puede ser entrenado hasta ese punto…

—Parece que alguien en Terrario logró hacerlo —comentó Lena gravemente.

— ¿Se refiere al joven Lefévre? —dudó el científico, moviendo su cabeza negativamente—. No creo que llegara tan lejos en sus modos de adiestrar a los escorpiones, señorita…

—Yo creo que sí. Los resultados son evidentes.

—Pero Lefévre no puede ser un… un asesino.

—Pero sí puede ser el cautivo a quien obligan a ese trabajo, bajo amenaza de muerte.

— ¿Quién podría hacer tal cosa?

—Skorpio.

— ¿Quién?

—Skorpio. Es el nombre que él mencionó antes de morir —señaló al portador de los alacranes—. Al parecer es el nombre de quién está detrás de todo este horror.

—Pero eso no es un nombre...

—Evidentemente, no. Es el apodo bajo el que se oculta alguien. Alguien que es ya responsable de varias muertes violentas, profesor.

—Y usted... ¿quién es, señorita? —quiso saber el científico.

—Lena Tiger.

— ¿Policía, acaso? —la miró intrigado—. Aún no sé cómo pudo vencer a ese hombre...

—No soy policía. Ni tuvo gran importancia vencerle. Tampoco sirvió de mucho. Ya ve que sólo tenemos el cadáver de un desconocido cuya misión consistía en trasladar los alacranes venenosos hasta el Terrario.

— ¿Con el propósito de matar a la doctora Nielsen? —y ante el asentimiento de

Lena, murmuró el profesor, asombrado—: Pero ¿por qué a ella? No tiene sentido...

—Por el momento, son muchas las cosas que no tienen sentido, profesor —Lena movió la cabeza con pesimismo—. Avise a la policía, por favor. Son cuatro los cadáveres que deben recoger de aquí...

Y regresó lentamente al Terrario, ante la mirada de infinito estupor del investigador zoológico.

* * *

— ¿Dijiste que el nombre mencionado por ese hombre, antes de morir, fue...?

—Skorpio.

—Entonces, ese tatuaje empieza a cobrar sentido, aunque no del todo.

— ¿Qué tatuaje, Frank? —quiso saber Lena Tiger, mirando curiosamente al rubio y atlético ex actor de cine.

—El que llevaba Tony Giordano en su espalda... y el que llevan también los tres hombres a quienes eliminaste cerca del Terrario, así como el portador de alacranes que murió cuando acababas de vencerle.

— ¿Todos llevan el *mismo* tatuaje?

—No exactamente el mismo —Frank se volvió hacia el capitán de la policía neoyorquina, Stuart Bowie, que salía en aquellos

momentos del depósito de cadáveres—. En todos hay un par de letras comunes: SK. Supongo que significa el inicio de la palabra Skorpio.

— ¿Y en qué cambia el tatuaje?

—En unas cifras especiales, situadas bajo esas dos letras, señorita Tiger —habló el oficial de policía gravemente—. Giordano y el hombre que murió víctima del alacrán en el Terrario, tenían unas mismas cifras: 01. Los tres estranguladores de los que usted tan afortunadamente se deshizo, llevan en cambio las cifras 03.

— ¿Qué puede significar?

—Yo diría que les clasifica en grupos determinados —opinó Frank—. Porque si iodos los estranguladores son SK-03 y los portadores de alacranes SK-01, puede deberse a que el Grupo Uno está formado por los que llevan alacranes consigo, y el Grupo Tres por estranguladores.

—Lo cual nos deja la tremenda posibilidad de que exista un Grupo Dos —apuntó sombríamente el capitán—. ¿Cuál puede ser ése? ¿De qué clase de asesinos estará formado?

—Eso es lo que nos falta por averiguar —asintió Cole, ceñudo—. Es evidente que hay, cuando menos, tres grupos o divisiones de hombres bajo el mando de ese misterioso Skorpio. Y que Sue Norton conocía algo de iodo ello, lo suficiente para firmar su sentencia de muerte. Y que ese algo, sea lo que fuere, se relaciona con el desaparecido industrial Alexander Armstrong, de quien era amante.

— ¿Y qué tiene que ver la doctora Nielsen en todo eso? —apuntó Lena.

—No lo sabemos, a menos que teman que ella sepa algo más de lo que dice, o no quisieran que hablase de su prometido, Lefévre, también desaparecido. Como ve, capitán, hay muchos muertos y muchos desaparecidos en este asunto. Y todo ello, sin motivo aparente. Eso es lo que me preocupa.

—Hemos pedido datos a Interpol, por si puede ayudarnos —manifestó el capitán

Bowie, pensativo—. Espero que pronto tengamos respuesta de ellos, pero lo cierto es que nunca oí hablar de un delincuente llamado Skorpio.

—Ya ha empezado a oír hablar de él —sonrió Cole, sarcástico—. Y nada bien, por cierto.

Hubo un silencio entre los tres. Lena parecía reflexionar también por su parte. De repente, preguntó a Frank:

— ¿Y Kwan? ¿Dónde está él ahora?

—Le he encargado que averigüe cuanto le sea posible sobre un tal Copland que tiene asuntos pendientes con la empresa Armstrong. No sé si tendrá éxito, porque la compañía guarda riguroso secreto sobre el asunto, que parece muy importante, y de ese cliente sólo

conozco su apellido, Copland, que mencionó Lukas Neville, el socio del desaparecido Armstrong.

—No es mucho para buscar una pista —comentó el capitán Bowie, dubitativo—. Pero yo también intentaré hallar algo en nuestros archivos o en la computadora. Este asunto empieza a volverme loco. Es como si nada de cuanto sucede tuviera el menor sentido.

—Pero, evidentemente, lo tiene —señaló Frank Cole gravemente —. Sólo nos falta saber *qué* es o *quién* es Skorpio... y qué beneficio busca con todos estos sucesos.

—Total, nada —señaló irónico Bowie.

—Sí, admito que es difícil llegar a algo positivo, tal como están las cosas..., pero tengo motivos personales para seguir adelante, por complicado que esté todo, capitán.

— ¿Esa chica, Sue Norton...?

—Sí. Ella. Éramos viejos compañeros. Ella confiaba en mí. Me pidió ayuda, y no pude dársela. Cuando menos, debo hacer algo por castigar al culpable de su muerte.

—Creí que los *budokas* no guardaban nunca rencor —sonrió débilmente el policía.

—Y así es. No guardo rencor a nadie. No deseo hacer justicia con mis propias manos. Pero sí quiero que se haga justicia en quien fue capaz de hacer asesinar a la pobre Pequeña Flor de Loto, capitán... Eso es lo único que deseo: justicia para un criminal. Algo que todo ser humano debe ayudar a que se lleve siempre a cabo. El que mata alevosamente a alguien, debe pagar. Por lo que hizo, y para evitar que vuelva a cometer un crimen igual.

—Sí, tiene razón, Cole —suspiró Bowie amargamente—. Le confieso que, tal como veo las cosas, con esos malditos escorpiones venenosos por medio, y esos estranguladores atacando con intenciones homicidas, de seo más ardorosamente que nunca que ese Skorpio maldito, sea quien sea, pague todos sus crímenes lo antes posible. Y también yo haré lo que esté en mi mano por conseguirlo, no lo dude.

—No lo dudo, capitán —asintió Cole—. Veremos quién tiene más suerte, llegado el momento... Lo importante de todo, es que quien venza sea la justicia.

En aquel momento, alguien golpeó discretamente la puerta. El capitán autorizó la entrada, y un agente de policía entró en la antesala de la Morgue de Nueva York, entregando un sobre cerrado al capitán.

—Ha llegado urgentemente ahora, señor —dijo—. Es un despacho transmitido por radio desde Europa. De Interpol.

—Gracias —el oficial de policía mostróse interesado. Rasgó el sobre, y extrajo un texto que leyó en silencio, lanzando luego una imprecación. Se lo tendió a Frank Cole, mientras en su rostro se reflejaba la incertidumbre—. Vea eso, Cole. Las cosas se complican

más aún, ¿no le parece?

El joven *budoka* tomó el papel. Lo leyó, con Lena a su lado, siguiendo también las líneas del radiograma:

> «Datos recibidos coinciden con informes urgentes de la capital del nuevo Estado africano de Dagombo. El primer ministro, Bwanga Dabutar ha sido asesinado hace dos días por medio de la picadura de un alacrán venenoso, que introdujo en su residencia un mercenario de raza blanca, al parecer holandés.
>
> Este fue perseguido y muerto por la guardia del Gobierno, y en su espalda se halló el tatuaje SK-01. Le ampliaremos informes por vía aparte. Amplíenos datos usted también.
>
> INTERPOL.
>
> París.»

— ¿Qué le parece eso, Cole?

Frank alzó sus ojos, mirando pensativo al capitán Bowie. Luego, hizo sólo un breve comentario:

—Parece que el misterio de los escorpiones asesinos se va internacionalizando, capitán... Y eso, como usted dice, en vez de aclarar las cosas, las complica mucho más...

CAPÍTULO V
SK-02

Kwan Shang miró en tomo, precavido.

El silencio era absoluto. La única claridad visible en el largo corredor, provenía de un reflejo de las luces exteriores, de un azul erado y brillante, al penetrar en el recinto a través de las rendijas de las persianas metálicas que se cerraban tras las grandes vidrieras del edificio.

El joven oriental se movía con el sigilo de un felino. Sus pisadas no producían el menor ruido. Era un calzado de goma especial, que usaba en ocasiones como la presente. Si su presencia allí dentro era advertida, todo se iría al traste. Además, le iba a resultar muy difícil justificar su allanamiento nocturno, si alguien le interpelaba al respecto.

Por eso su modo de moverse por el interior del recinto era cauteloso, y antes de dar cualquier paso, medía cuidadosamente sus posibles consecuencias. No había sido particularmente difícil penetrar allí sin ser visto. Su agilidad, su modo de actuar, facilitaban las cosas. Pero lo cierto es que tampoco el lugar tenía una excesiva vigilancia cuando el personal abandonaba el recinto y éste se quedaba sometido solamente al control superficial de los vigilantes de noche que deambulaban por las zonas exteriores o por las dependencias del edificio.

Su juego de ganzúas, su pequeño neutralizador de ojos electrónicos de alarma, y su propia astucia en ciertas tareas, le habían bastado para llegar hasta allí con una relativa sencillez.

Ahora, ya en el corazón mismo de las Industrias Armstrong" Limited, se estaba aproximando paulatinamente al punto que era su objeto, la razón de aquella incursión nocturna ordenada por su amigo y camarada Frank Cole.

Kwan había sido informado por Frank del curso de los acontecimientos que se iniciaban con aquella angustiosa llamada telefónica al Waldorf Astoria, y no había logrado aún comprender perfectamente lo que sucedía. Pero sabía que su interés en el asunto, que en principio era puramente personal, por amistad con aquella mujer a quien habían asesinado misteriosamente por medio de un fingido suicidio, ahora iba cobrando además otro cariz. Al parecer, el asunto se complicaba por momentos, y esa complicación parecía preocupar e intrigar a Frank. Aunque, de todos modos, él se hubiera

mantenido en el caso, investigándolo hasta su mismo fondo, sólo por el aprecio que había tenido en otros tiempos a su antigua compañera de trabajo cinematográfico.

Kwan se había enterado ya de lo sucedido a Lena Tiger en el Terrario de Staten

Island. La existencia de dos clases de diferentes ejecutores o asesinos, al servicio de alguien que utilizaba los escorpiones como principal arma de ataque contra sus víctimas, y que era totalmente despiadado con sus emisarios de muerte, a los que sus propias alimañas ejecutaban, siguiendo sin duda unos ciertos condicionamientos previos, como el fracaso o la derrota, y que daban a entender la existencia de un amaestramiento casi increíble en los arácnidos, era precisamente esa existencia de diferentes grupos de criminales lo que le daba al caso un cariz siniestro y, sin duda alguna, muy importante. Los hilos que movían aquella diabólica trama, habían de estar manejados por alguien muy importante.

Y, lo que era peor, las causas de todo ello, también debían ser importantes en alguna medida, ya fuese económica o de cualquier otro tipo.

Crear y mantener una organización semejante, era costoso y sumamente difícil. Hacía falta un cerebro, sí. Un cerebro agudo, frío y maligno, sin la menor duda. Pero también unos recursos amplios, generosamente utilizados. ¿Con qué móvil?

Eso era lo que hasta ahora no veían claro ni Kwan Shang, ni Lena Tiger ni, quizá, el propio Frank Cole. El móvil de todos aquellos hechos criminales.

Kwan dejó de pensar en todo ello, para concentrarse plenamente en su tarea. Había llegado al punto crucial de su misión nocturna dentro de las instalaciones de la Armstrong Limited.

Estaba ante una puerta herméticamente cerrada, provista de dos ojos electrónicos a ambos lados, detectores evidentes de alarma contra cualquiera que se aproximase a ella sin conocer la forma de neutralizar la instalación.

En la puerta se leía una sola palabra en letras metálicas: ARCHIVOS

Debajo, en un rótulo más pequeño, se añadía:

Rigurosamente prohibido el acceso a toda persona ajena al Departamento

Sonrió el joven oriental. Su rostro agraciado, de facciones inmutables, de tono levemente aceitunado, bajo los oscuros cabellos bien peinados y cortos, reveló astucia y expectación.

Ya estaba en el lugar donde Cole le había dicho que buscara. Allí podía estar la clave de algo. Pero ¿de qué?

Eso ya se vería, si las sospechas de Frank estaban bien orientadas. Kwan no dudaba

de ello. Conocía demasiado bien a su amigo y camarada para dudar de su inteligencia y buen sentido deductivo.

Hizo funcionar el pequeño neutralizador de circuitos electrónicos. Era un ingenio tan poco voluminoso como eficaz. Una especie de desconexión automática se producía en los circuitos cuando él presionaba un pequeño botón, y una corriente electrónica neutra provocaba la interferencia en las líneas de alarma, bloqueando ésta. Era como si no pasara nadie ante los detectores, puesto que éstos quedaban neutralizados durante los segundos precisos para salvarlos.

Cole habla pagado mucho dinero por aquel ingenio a su inventor, un joven y desconocido técnico en electrónica. Sabía que en su tarea emprendida, la de ayudar a quienes necesitaran apoyo, defensa y justicia, todos los recursos imaginables eran pocos. Y, por suerte para los Dragones de Oro, una vasta fortuna que jamás podría terminarse, era lo que respaldaba económicamente su generosa gestión en pro de los débiles. Un dinero que sólo servía para esa labor callada y abnegada que los tres jóvenes *budokas* habían emprendido, poniendo su valor, su desinterés y sus profundos conocimientos de las Artes Marciales al servicio de los que necesitaban de esa ayuda en el mundo. Y que eran muchos más de los que se podía imaginar.

Kwan pasó sin dificultades el circuito de alarma electrónica, nada funcionó en él, y su juego de ganzúas especiales le franquearon el acceso al interior de los archivos de la empresa.

Como ya imaginaba, éstos no eran los tradicionales archivadores de otros tiempos, sino un moderno sistema de «memorias» y computadoras que formaban el conjunto electrónico capaz de almacenar datos con mayor fidelidad. Y también con la máxima facilidad a la hora de localizar cualquier cuestión necesaria.

La sala era amplia, y tenía unas leves luces azules de situación. Kwan encendió las restantes, y un resplandor vivido invadió las estancias ocupadas por los tambores de grabación, las máquinas perforadoras y las «lectoras», así como los bancos de memoria.

Miró en derredor, precavido. No había persona alguna de servicio en aquel departamento. Kwan confió en que la luz no fuese visible desde lugar alguno. No existían ventanales al exterior allí, y sí únicamente unos respiraderos en los muros, y un sistema de renovación y climatización del aire.

Kwan no era un experto en electrónica, pero sí sabía hacer funcionar una computadora y manejar las fichas correspondientes. Confió en que el zumbido de las máquinas al actuar, no provocase la llegada de los vigilantes nocturnos. Puso en funcionamiento la máquina selectora, pulsando una serie de teclas. Sabía el nombre que

tenía que buscar, y lo encontró.

El nombre era COPLAND.

Apareció, tras un leve zumbido que señalaba el funcionamiento de la máquina selectora de datos, una larga ficha perforada. La máquina se detuvo. Kwan se encaminó, con esa ficha, a la lectora de memoria. Introdujo la ficha, y puso en funcionamiento al banco de memoria de la computadora.

Un zumbido más intenso resonó en el departamento cibernético. Luego, en la pantalla de datos, surgieron las líneas de letras verdes, fluorescentes, dando a Kwan Shang los datos precisos que estaba buscando, y que él fotografió con una diminuta cámara fotográfica que no abultaba más que un encendedor plano y cuadrangular.

Pese a fotografiar todos los datos allí archivados, para evitar cualquier error de anotación o memorización, Kwan fue siguiendo los informes acumulados por la memoria electrónica hasta enterarse de lo más importante relativo al hombre llamado Copland:

> Eliah COPLAND
>
> Norteamericano. 32 años. Raza judía. Ingeniero químico.
>
> *Dossier* 10.332.
>
> Negociaciones avanzadas. Contrato para firmar. Pruebas experimentales, POSITIVAS.
>
> Caso pendiente decisión final.
>
> Cantidad contrato provisional n.° AL73/5.006: 15.000.000. — $
>
> Ficha anexa XFG-22-AZ 19.307.

Kwan arrugó el ceño. Muchos datos, pero poco claros. Un contrato de *¡quince millones* de dólares! ¿Qué podía valer tanto? Debía tratarse del contrato sin formalizar que la empresa tenía pendiente de la aparición de su evaporado presidente, Alexander Armstrong.

Regresó a la primera máquina selectora. Pulsó unas teclas, buscando la ficha anexa, numerada con las cifras XFG-22-AZ 19.307. Evidentemente, querían asegurar lo más posible el secreto respecto a ese asunto, repartiéndolo en varias fichas diferentes.

Surgió otra ficha perforada. Kwan la insertó rápidamente en la lectora de memoria. Esperó la aparición de letras verdes en la pantalla.

Esta vez fueron muy pocas. Y muy enigmáticas:

> SINTEXOIL - B/1.184-KWQ 77.873.
>
> Arrugó el ceño. Parecía el cuento de nunca acabar. La palabra *Sintexoil* podía ser cualquier cosa, desde un barniz hasta un producto alimenticio. La empresa no se

especializaba en nada concreto. La Armstrong Limited era una entidad industrial que abarcaba las más diversas ramas, desde los productos químicos hasta los metalúrgicos.

Buscó en vano, regresando de nuevo a la selectora, una ficha con esas cifras. No existía. La máquina cesó de funcionar, vomitando una cinta de papel plastificado donde se leía escuetamente en letras magnéticas:

SIN REFERENCIAS

Era exasperante. El joven chino paseó por entre las máquinas, perplejo. No había ninguna otra selectora que pudiera acumular nuevas fichas, al menos en aquel departamento.

Kwan, sin embargo, se paró en seco ante un panel del muro. Sus ojos contemplaron la superficie blanca, plástica, junto a uno de los grandes juegos de tambores de grabación del departamento.

No era un panel, exactamente. Al menos, no era muro sólido. Ofrecía rendijas formando una puerta bien disimulada. No tenía cerradura.

Era exasperante. Kwan imaginaba el resto. Una puerta que funcionaba por impulsos electrónicos. Alguna ficha, introducida en una máquina, daría la clave al circuito, y éste actuaría automáticamente, abriendo ese acceso.

Buscar tal procedimiento, era como buscar la clásica aguja en el pajar. No tenía la menor idea de cuál era el sistema ni de cómo se habría programado, para evitar injerencias extrañas.

Comprendió que allí, tras aquel panel hermético, otra máquina selectora y otro banco de memoria, almacenaba los datos rigurosamente secretos, relativos a los archivados allá fuera. Un procedimiento de seguridad realmente notable. Y Copland figuraba en él. La palabra clave para desentrañar el secreto, era sin duda aquella de *Sintexoil,* pero sin los restantes datos de la misma, era como no tener nada. El mercado mundial estaba lleno de productos plásticos de nombre parecido. Pero, ciertamente, Kwan estaba seguro de que ninguno de ellos podía valer quince millones de dólares.

De repente, Kwan supo que no estaba solo entre aquellas máquinas computadoras.

No fue una sensación física, sino puramente mental, psíquica. Estuvo convencido de que a sus espaldas había alguien, vigilándole. El oriental tenía para eso un raro sentido de percepción que casi nunca le había fallado.

Se volvió con rapidez.

Ya era tiempo.

La muerte, en forma de cuatro silenciosos y siniestros

personajes, se le venía encima en esos momentos.

Kwan Shang supo en el acto que se hallaba frente a los asesinos del grupo SK-02.

* * *

Los cuatro llevaban caperuzas negras, de tela sedosa, brillante, flotando en tomo a sus cabezas, y ajustadas sobre los poderosos hombros. Los cuatro lucían mallas de igual tejido, ciñéndose a sus músculos increíbles de brazos y tórax. Sus pantalones también eran ceñidos, como los de un chándal deportivo. E igualmente negros. Iban enguantados. Pero sus guantes... *eran metálicos.*

Metal negro, como manoplas de una antigua armadura medieval, pero muy ajustadas a sus manos, y totalmente articuladas sobre los dedos, dando a éstos el mismo juego que si estuvieran desnudos.

Aquellas siniestras figuras negras que atacaban a Kwan Shang con claras intenciones homicidas, llevaban bordados en sus caperuzas, sobre las ranuras de sus ojos, justamente en plena frente, un signo significativo.

Era la figura dorada de un escorpión. Y aquellos tipos eran *budokas.*

Pero budokas asesinos, no practicantes normales de las Artes Marciales. Es decir, criminales de poderosa complexión y fuerza física poco usual, que habían aprendido medios de lucha oriental, como recurso para matar. Todo lo contrario a un auténtico *budoka,* por supuesto. Pero sus conocimientos de esas Artes Marciales, utilizadas para el mal. les hacía terriblemente peligrosos.

Además, aquellos guantes metálicos convertirían cualquier impacto suyo en un verdadero golpe de muerte, sin necesidad de ser demasiado precisos en el impacto.

Los cuatro venían a por él, eso era obvio. Los cuatro se movían silenciosa, elásticamente, a través de la deslumbrante iluminación blanca de la sala de cibernética.

Tras las rendijas, ojos fríos y crueles se clavaban en Kwan Shang, que habíase agazapado, a la expectativa, sin desviar su mirada de aquellos cuatro temibles adversarios.

Luego, saltaron los cuatro hacia él. Con la elasticidad y la precisión que da a los movimientos de todo ser humano el conocimiento de la lucha oriental.

Kwan Shang comprendió que el sospechado grupo de ejecutores SK-02, eran de esta especie precisamente. Es decir, luchadores asesinos.

Y se le venían encima nada menos que cuatro de ellos. No querían errar el golpe esta vez.

CAPÍTULO VI
MANOS DE ACERO

Kwan descubrió en seguida cuál era la técnica que utilizaban aquellos asesinos.

Eran luchadores de Tae-Kwon-Do. El llamado Karate Volador. Un procedimiento temible de lucha, sobre todo si se sabía dominar lo bastante bien.

Y en el acto descubrió Kwan que aquellos crimínales entrenados para matar con golpes de lucha oriental, dominaban bien su disciplina.

Kwan había tomado rápidamente su posición idónea para protegerse de cualquier ataque por la espalda. Cuatro enemigos expertos, eran demasiados incluso para un buen *budoka* como él. Tenía que tomar todas las precauciones posibles en tan crítica situación.

Esa primera precaución, fue adosar su espalda a un muro, teniendo tras de sí una de las computadoras electrónicas. Los cuatro encapuchados del signo del escorpión, tenían que venir hacia él de frente. Y así lo hacían.

Emitieron gritos roncos, saltando los cuatro a la vez, en un diabólico y aterrador movimiento agresivo, digno de un *ballet* salvaje.

— ¡KIAI! —rugieron cuatro voces a la vez.

Fue un coro estremecedor, que hubiera horrorizado a cualquiera menos templado que Kwan Shang. El joven chino, frío y sereno aun en las peores situaciones imaginables, se mantuvo firme, seguro de sí, sin perder un ápice de su autocontrol, de su concentración mental y física para repeler el criminal acoso.

Los cuatro llegaron a su alcance, como cuatro sombras negras, de pesadilla. En el aire, oyó zumbar con escalofriante contundencia el metal negro de sus extrañas manoplas articuladas.

Saltaban en posición Yop Cha Ki, pero sin utilizar —al menos todavía— sus piernas como instrumento mortal. Por el contrario, eran aquellas manos recubiertas de guanteletes metálicos, las que buscaron sus puntos vitales, para acabar con él lo antes posible. Tenía mucho de fantástico aquel desigual duelo entre Kwan Shang y sus cuatro enlutados enemigos, bajo las crudas luces blancas y rodeados por el zumbido monocorde de los mecanismos electrónicos puestos en funcionamiento por el joven chino.

Era un extraño, delirante encuentro con la muerte. Pero Kwan

Shang estaba acostumbrado a lances así, y no por todo ello perdió ni un solo momento la cabeza.

En posición abiertamente defensiva, Kwan esperó, sus manos engarfiadas, en posición de Hu-Chao, o Zarpa de Tigre. Los ojos almendrados, brillantes y vivaces, siguiendo todos los vertiginosos movimientos de aquellos cuatro luchadores que se le venían encima. Todo esto, en cuestión de fracciones de segundo.

El más próximo de los agresores, le disparó su mano cerrada, con el guantelete perfectamente flexionado en sus duras y articuladas laminillas, con la intención de alcanzarle en el rostro. Si lograba hacerlo, el metal rompería la mandíbula o el pómulo de Kwan. Eso, si no alcanzaba algún punto vital, por encima o debajo de su nariz, aniquilándole.

Pero ya Kwan, sin descuidar un solo instante a los demás, había retrasado ligeramente su pie izquierdo, para ponerse en postura Hsu Pu. Con el dorso de su mano izquierda, paró el golpe, pegando al antebrazo izquierdo del encapuchado, mientras por el derecho, velozmente, llevaba su puño diestro a la cadera del mismo lado.

Sin perder un solo instante, casi de modo simultáneo, disparó su pierna derecha, y el pie de Kwan martilleó implacable, seco, contundente, el estómago del atacante.

Este se dobló, perdido el aliento, con un gemido ronco de dolor, y reculó, evidentemente reducida su capacidad de lucha, mientras los otros tres ya rodeaban a Kwan, que era en esos momentos un férreo muro ante el acoso. Sus brazos, nuevamente en guardia, atendían ya la agresión de los restantes luchadores de modo eficaz, impidiendo que los golpes mortíferos de las manos metalizadas pudieran alcanzarle.

Por el contrario, ahora fue él quien al ver cómo la negra mano de acero de uno de ellos venía rápida hacia su cuello para descargar en él un golpe plano y demoledor, pasó al contraataque, y justo cuando esa mano parecía ya alcanzar su cuello, Kwan adelantó el pie derecho para ponerlo al lado, por el exterior derecho del encapuchado, en postura de arco hacia delante. Su muñeca paró el golpe, a costa de un intenso dolor en el choque con los dedos metálicos, pero lo soportó estoica, fríamente, mentalizado para sufrir dolorosos golpes en aquel duelo dramático.

A su vez, Kwan adelantó un paso largo su pie izquierdo, situándolo detrás del enemigo, en postura de arco hacia delante, y rápido, con el revés de su puño, martilleó ásperamente los riñones del mismo, a la vez que adoptaba la postura a caballo.

El encapuchado se desplomó en seco a sus píes. El golpe de Kwan, aparentemente no tan demoledor, debía haberle destrozado virtualmente sus riñones. Se agitó en el suelo, entre espasmos, mientras los otros dos encapuchados en plena forma aún, lograban

salvar su defensa, y los dedos metálicos de uno de ellos, se precipitaban rápidos hacia sus ojos, en tanto que el otro, viendo difícil llegar a Kwan con sus temibles manos metálicas, intentaba un devastador golpe en Ap Cha Ki, o golpe frontal con su pie, en salto muy propio del Tae-Kwon-Do, definido también popularmente, por sus posiciones, como el Karate volador.

A ambos hizo frente Kwan Shang, moviéndose con la rapidez y silencio de una auténtica sombra, convertido su cuerpo enjuto en un manojo de nervios y tendones disparados vertiginosamente.

Así, de modo virtualmente simultáneo, ya que el tiempo transcurrido en cada maniobra de ataque o defensa era de simples décimas de segundo, paró el golpe a sus ojos golpeando con violento movimiento vertical el antebrazo del encapuchado, hacia arriba, y desviando así la trayectoria de sus dedos de metal.

Casi a la vez, tan simultáneo fue todo, adelantó el otro puño y lo descargó, demoledor, en el flanco derecho del criminal, que aulló de dolor, tambaleándose. Kwan le lanzó entonces un golpe de cuchillo o Tao Shou con su mano zurda hacia la nuez del adversario, quebrándosela con un escalofriante chasquido.

Cuando ese encapuchado caía al suelo, mortalmente herido, el cuarto y último que aún conservaba íntegras sus fuerzas, vio con asombro cómo su pierna lanzada hacia el rostro de Kwan en el movimiento feroz del Ap Cha Ki de Tae-Kwon-Do, era frenada inexplicablemente casi, por el mismo brazo derecho que una décima de segundo antes había golpeado al otro enemigo en el flanco, y los dedos vertiginosos y flexibles del chino, aferraban el tobillo del agresor, girándolo secamente en el aire, con tal potencia, con tal concentración en aquel simple gesto, que el hueso del tobillo chascó de forma agria, y el pie colgó, roto, al partirse en seco su articulación del tobillo.

El hombre exhaló un aullido de dolor, osciló, a punto de derrumbarse, y de forma desesperada, buscó con sus manos aceradas el cuello de Kwan. Antes de que los temibles dedos de negro metal se pudieran cerrar mortíferamente sobre su garganta, el joven chino no tuvo otro remedio que alzar su mano zurda, en forma de cuchillo, y pegar duro, de canto, en una kasumi (sien), del enmascarado.

Era un golpe mortal. El golpeado cayó pesadamente, sin vida.

Dos hombres habían muerto, heridos por las manos devastadoras de Kwan, otro yacía en el suelo con sus riñones triturados virtualmente, incapaz de moverse salvo para dar bruscos espasmos de dolor, pero el cuarto enemigo, que había sido el primero en aquella lucha fantástica, se le vino de nuevo encima, y esta vez alcanzó su objetivo.

La mano negra, de metal articulado, llegó limpiamente al rostro

de Kwan.

Hubiera podido ser un golpe de muerte, sobre su jinsu, o base de nariz, encima justamente del labio superior, pero algo instintivo en el *budoka* chino le salvó la vida en ese preciso instante, al mover su cabeza una fracción de segundo antes del impacto.

De ese modo, la garra metálica hirió su nariz con alguna violencia, pero sobre el puente, haciéndole estallar una fuerte hemorragia instantánea, y casi desvaneciéndole de dolor.

Kwan maldijo entre dientes, y se revolvió, veloz, antes de que el agresor tuviera tiempo de retirar su brazo extendido.

Fulgurante, el joven luchador de kung fu alzó sus brazos. Una mano hirió con salvaje violencia, abierta en Tao Shou o cuchillo, el codo extendido del agresor. Fue como si descargara un hacha sobre aquel punto.

El aullido de dolor desgarrador que emitió el otro, resonó en toda la sala de computadoras. Su brazo colgó del antebrazo. Donde antes se hallaba la articulación de su codo, ahora se veía la flaccidez de una fractura que separaba brazo y antebrazo, cayendo éste verticalmente, como algo separado del resto del cuerpo, y sólo sujeto por la piel y los músculos.

Antes de que la otra mano del enemigo, sobreponiéndose éste al violento dolor, pudiera darle alcance en un impacto lateral a su flanco, Kwan remachó su acción devastadora con un golpe de su mano en posición de puño cerrado Ch’uan, y proyectándolo directamente hacia delante, en forma Ming Ch’uan, el puño que avanza, cuyo impacto, de auténtica potencia demoledora, semejante a un martillazo, hirió entre los ojos al adversario.

Cayó al suelo, igualmente reducido a una impotencia ya definitiva. Kwan Shang tomó aliento, contemplando aquellos cuerpos inmóviles, con gesto cansado, pero radiante por haber salido de tan grave situación bastante bien librado, pese al dolor y hemorragia de su dañada nariz.

De pronto, observó que el hombre herido en los riñones, también yacía sin conocimiento, en apariencia, tan quieto como los otros tres hombres cuya vida había extinguido en sus ataques. Tal vez el dolor le había hecho desvanecerse, pensó Kwan, inclinándose para examinarle.

Su horror no conoció límites. Tras aquellas rendijas de la negra caperuza adornada con el alacrán dorado, las pupilas que contempló eran vidriosas e inmóviles. Las de un cadáver.

Comprendió, al ver corretear sobre los negros cuerpos inertes, las figuras huidizas y amarillas de cuatro escorpiones.

Tres de ellos, abandonaban el cuerpo entre cuyas ropas habían estado ocultos todo el tiempo, acaso en un compartimiento especial

del tejido, presurosos y sin demostrar irritabilidad alguna. El cuarto, era diferente.

Su amenazadora cola vibraba, y goteaba una pequeña porción de líquido ponzoñoso. Era evidente que acababa de picar mortalmente a su víctima. Y esa víctima había sido el luchador enmascarado herido en los riñones por el golpe de Kwan.

Ahora, los cuatro estaban muertos. Un alacrán se había encargado de terminar con

la vida del herido, silenciando así sus labios para siempre.

Kwan Shang se estremeció, horrorizado ante semejante descubrimiento. Si esto era así... aquellos alacranes estaban entrenados para matar. Y sabían *cuándo* tenían que hacerlo, eso era lo más terrible.

El joven chino descubrió entonces lo que estaba sucediendo.

Los tres alacranes restantes se movían hacia él. Y con tal rapidez, que ya dos de ellos alcanzaban sus pies, remontaban el calzado y se dirigían a sus pantalones para introducirse dentro de ellos»

Su intención era obvia: ¡matar!

Y ahora, él era la víctima elegida.

* * *

Kwan Shang, pese a su fatiga, tuvo aún reflejos suficientes para afrontar la nueva y terrible situación.

De no haber obrado con prontitud, hubiese sido demasiado tarde. Cualquiera de aquellos pequeños cuerpecillos articulados, de color dorado, le hubiesen provocado una muerte instantánea con sólo inocularle su maldito veneno.

El joven *budoka* lo impidió con celeridad. Su pie derecho pisoteó el izquierdo con la mayor celeridad posible, y luego repitió la operación en el otro, ya cuando el alacrán estaba alcanzando su calcetín. Ambos arácnidos fueron aplastados en el acto.

Simultáneamente, pisoteó el tercero al poner los pies en el suelo, y luego, con una repentina idea, aferró la caperuza negra de uno de sus enemigos, y usándola como una red, atrapó al otro escorpión. Ató la caperuza con dedos rápidos, por uno y otro lado, con dos nudos, impidiendo que sus salidas, el cuello de la máscara y las rendijas de los ojos, pudieran servirle a la alimaña de vía de escape.

Una vez atrapado el animal, que se agitaba furiosamente dentro de su encierro, dirigió una última mirada a sus agresores encapuchados, y respiró con fuerza. El único al que había despojado de su caperuza, no le reveló gran cosa. Tenía las duras facciones de un hombre brutal y violento; era de raza occidental, blanco, y podía ser cualquier cosa menos un auténtico *budoka,* puesto que utilizaba sus

conocimientos de las Artes Marciales, como sus tres compinches, en el ataque criminal a los demás. Algo que no sólo estaba vedado por todas las reglas de honor de las Artes Marciales, sino también algo que hubiera resultado incomprensible a un luchador, a un *budoka,* ya que su mentalización y su espíritu son precisamente todo lo contrario de la violencia, y solamente se pueden utilizar tales Artes para entrenamiento, para enfrentamiento incruento y amistoso, o para defenderse uno mismo de una agresión o defender a alguien en peligro.

No, ciertamente, no podían *budokas* aquellos vulgares asesinos. Pero alguien les había adiestrado lo suficientemente bien para que lucharan con habilidad temible. Y, además, con aquellas siniestras manoplas de metal que convertían sus golpes en verdaderos impactos de muerte.

Kwan accionó de nuevo su neutralizador de circuitos electrónicos, y, cuando salió de los archivos de la Armstrong Limited, no pudo por menos de preguntarse una cosa: ¿cómo era posible que aquellos cuatro asesinos encapuchados hubiesen podido entrar allí *sin accionar el mecanismo de alarma?*

—Extraño…—se dijo Kwan para sí, saliendo del edificio con igual sigilo que al llegar—. Muy extraño… Se lo tengo que explicar a Frank. Seguro que le interesará ese punto…

CAPÍTULO VII
S I N T E X O I L

—Sí, claro que me interesa ese punto, Kwan... Y mucho. —Frank Cole arrugó el ceño, profundamente pensativo, apenas hubo terminado su joven amigo chino el relato de los sucesos de que había sido protagonista en el edificio de la empresa Armstrong.

Pero no añadió más ni hizo ninguna clase de aclaración a su comentario y, sabiendo que cuando Frank obraba así era porque no estaba seguro aún de lo que tenía entre manos. Kwan no trató de saber más.

Parecía profundamente interesado ahora en los datos que revelaban las fotografías recién reveladas, en las que aparecía nítidamente recogida la pantalla de la computadora, con sus verdes letras perfectamente legibles.

En la habitación del hotel Waldorf, donde seguían residiendo en Nueva York, Cole había dispuesto un equipo de revelado para obtener con la mayor rapidez los positivos de aquellas fotografías. Estudiando ambos datos obtenidos de la computadora, hizo un comentario brusco:

—Es un secreto muy bien guardado para tratarse de algo corriente.

—Sí, eso pensé yo —afirmó Kwan—. Además, hay pocos secretos industriales que puedan valer un contrato de quince millones de dólares.

—En efecto —la rubia cabeza del *budoka* americano se movió afirmativamente. Sus ojos acerados se fijaban en el vacío, reflexivamente. Una sombra de preocupación cubría todo su rostro en esos momentos.

Lena Tiger salió en esos momentos de la vecina estancia, el cuarto de aseo, y Kwan Shang, pese a estar acostumbrado a verla y a apreciar su indudable belleza, casi se quedó sin aliento.

Lena salía evidentemente de la ducha o del baño. Su piel oscura, broncínea y tersa, aparecía aún húmeda, con las gotas de agua como perlas, salpicando sus hombros desnudos, sus muslos y brazos. Una simple toalla de vivo color envolvía sus formas. Debajo de la toalla, no había nada, salvo lo que la generosa madre naturaleza había dado a Lena en su nacimiento.

Y eso era lo que quitaba el aliento a cualquiera.

Aquella armoniosa figura de bronce vivo, palpitante, era de una perfección y atractivo notables. La piel morena daba un exótico

encanto a aquellos hombros desnudos, redondeados, el nacimiento de sus pechos erectos, que la precaria toalla dejaba medio descubiertos, como frutos en sazón. Y las piernas, largas, elásticas, poseían una suave finura de pantorrilla y una rotundidad voluptuosa en los bellos muslos.

Sonrió maliciosamente a ambos hombres, pasando con indiferencia ante ellos, camino de su propia habitación, frotándose la oscura y suave piel con la toalla, sin importarle demasiado que, al hacerlo, sus prominentes nalgas asomaran, agresivas, bajo el tejido.

Kwan sacudió la cabeza, con una sonrisa muy propia de él.

—Eres una provocación viviente, Lena —dijo.

— ¡Vaya, si el impasible oriental hasta resulta tener sensibilidad humana ante ciertas cosas! —rió Lena de buen grado, apoyándose con una mano en la jamba de la puerta, y sujetando la toalla con la otra, para no exhibir íntegra su desnudez.

—Los orientales tenemos alma para todo. Especialmente, para lo bello.

—Agradezco el cumplido, Kwan —rió la mulata suavemente—. Si al menos Frank se pusiera celoso con eso... Pero ya lo ves. Le preocupan más los alacranes. Ni siquiera se ha fijado en mí.

Cole volvió hacia ella sus ojos, la miró silenciosamente, sin revelar sus emociones, y luego le hizo un guiño malicioso.

—Vas a resfriarte —dijo—. Además, necesito que Kwan me ayude a pensar. Si sigues así, eso va a resultar más difícil.

— ¡Vete al diablo, hombre de hielo! —refunfuñó Lena, airada, volviéndose definitivamente de espaldas, y dejando resbalar lánguidamente la toalla sobre su cuerpo.

Cayó el tejido a la moqueta, y la desnudez esplendorosa de aquel cuerpo color bronce oscuro, visto de espaldas en toda su magnificencia y rotundidad, fue visible para ambos hombres durante cosa de un segundo.

Luego, la puerta se cerró tras ella con cierta brusquedad.

Kwan y Frank se miraron un momento. Luego, ambos se echaron a reír.

—Mujeres... —suspiró Cole, moviendo la cabeza significativamente—. Todas son iguales. Incluso Lena no puede olvidar que, antes que Dragón de Oro, es mujer.

—Dichosa ella —asintió Kwan—. Yo, a veces, olvido demasiado que soy un ser humano, para creerme que soy tan sólo una máquina al servicio de una tarea interminable.

—Sí, es posible que nuestra tarea sea, como tú dices, interminable —los ojos de Cole se ensombrecieron—. Hay demasiada maldad en el mundo actual, Kwan. Apenas ha terminado uno de resolver una injusticia o de terminar con un ser malvado, cuando ya

surge otro y se presentan nuevas injusticias. Nunca creí que las consecuencias de contemplar el mundo desde nuestro prisma, resultaran tan pesimistas, tan negativas...

—Bueno, no todo es negativo opinó Kwan—. A veces, hay algo bueno incluso entre lo peor. Ese poco bueno que se salva, vale la pena, ¿no crees?

—Si. Lo creo. Por eso sigo luchando, Kwan. Por eso luchamos todos. Por salvar lo poco bueno que aún queda en nuestro mundo. Llama al capitán Bowie, por favor. Vale más actuar que filosofar. Tenemos entre manos un asunto muy complejo. Quisiera que el capitán se ocupara de que el laboratorio de la policía examinase a ese alacrán que me has traído con vida. Tal vez también nos sea útil la opinión de la doctora Nielsen y del profesor Van Dyke, del Terrario de Staten Island. Me gustaría saber cuál es el grado de adiestramiento obtenido con esos arácnidos. Quizá la doctora Nielsen identifique en los procedimientos empleados el estilo de su desaparecido prometido, el joven Roland Lefévre...

— ¿Crees que ese joven tiene algo que ver en el caso? Me refiero a... a si toma parte activa en el misterio de los escorpiones...

—No lo sé. Puede ser sólo un prisionero, obligado a conservar la vida amaestrando alacranes, o haberse vuelto loco y hacer de ellos instrumentos mortíferos. Pero tendría que haber algo más que eso. La explicación es demasiado simple y convencional. Recuerda que hay también estranguladores, portadores de alacranes especializados; a veces auténticos pistoleros a sueldo, como en el caso de Giordano... y ahora sabemos que existen los posibles SK-02, los luchadores de las manoplas de acero con los que te has enfrentado. Ha de existir dinero, mucho dinero, detrás de todo esto. Y organización, método... Y un cerebro. Un cerebro astuto, cruel e inteligente, que dirija todo el tinglado.

—Muy complicado todo, ¿no?

—Mucho —asintió Cole—. Por favor, llama al oficial de policía ya. Quiero saber lo que han averiguado en la Armstrong Limited tras referirles tu historia, lo que han hallado en los cuerpos de esos *budokas* asesinos... y también quisiera el resultado del examen de ese alacrán. Además, es posible que tengan que ayudamos con su computadora.

— ¿La computadora de la policía de Nueva York? —pestañeó Kwan—, ¿Para qué, Frank?

—Estaba pensando en esa palabra, *Sintexoil*... Puede significar lo que yo imagino, o puede ser solamente un vulgar producto industrial, aunque su precio y el secreto con que llevan el asunto en la empresa de Alexander Armstrong, me hace pensar otra cosa. Unido a la desaparición del propio Armstrong, y la muerte de su amiga, Sue

Norton, el rompecabezas tiene suficientes piezas sin encajar como para que uno piense lo más complejo y sorprendente, amigo mío. Quiero hacer una prueba. Tal vez no resulte, pero si le damos a una programador a todos los datos que tenemos sobre Armstrong, sus negocios, esas dos fichas archivadas en la memoria electrónica de la empresa, y demás datos, incluso los relativos al historial de ese Eliah Copland, puede que algo resulte. Al menos, la computadora nos dará una respuesta fría y mecánicamente lógica. Las máquinas, Kwan, al pensar sin emociones, a veces llegan más lejos que nosotros. Ellas no se dejan influenciar más que por los fríos datos proporcionados. Eso puede ser interesante.

—Sí, no es mala idea —Kwan meditó un momento, antes de preguntar—: Otra cosa, Frank. ¿Por qué no se le ha ocurrido a nadie buscar aún a ese hombre, a Eliah Copland, el ingeniero químico en tratos con Armstrong?

—Ya lo hace a estas horas el capitán Bowie, con todos los recursos de su oficina y de sus relaciones internacionales. Lo único que sabemos es que Eliah Copland no está ahora en los Estados Unidos, sino en Europa. En Londres, concretamente. Están tratando de ponerse en contacto con él.

—Entiendo —asintió Kwan, tomando el teléfono y pidiendo el número del

Departamento Central de Policía de Nueva York.

Poco después, hablaba con el capitán Bowie, y le transmitía el encargo de Cole. La respuesta pareció ser afirmativa. Luego, el capitán añadió algo más, que Kwan escuchó muy atento, limitándose a responder con monosílabos.

Frank Cole le miró, pensativo, con expresión intrigada. Pero le dejó terminar la charla y, solamente tras colgar el joven chino el teléfono, su amigo le interrogó:

— ¿Algo nuevo?

Kwan asintió lentamente» con gesto ensombrecido. Caminó hacia Cole.

—Ya lo creo —dijo—. Nuevo. Y no creo que sea nada bueno.

— ¿Qué es ello? —arrugó el ceño Cole.

Kwan Shang desgranó lentamente las palabras:

—Se trata de Eliah Copland, el ingeniero químico en tratos con Armstrong Limited. El capitán ha recibido un mensaje urgente de New Scotland Yard. Al parecer, Copland acaba de desaparecer en Londres. Y se teme que, por ser una personalidad científica judía, haya sido secuestrado por algún comando árabe…

* * *

La computadora zumbaba activamente, mientras el programador

de la policía iba introduciendo todos los datos reunidos en tomo a la Armstrong Limited, a los nombres de sus productos, a Eliah Copland y su historial como ingeniero químico, las fichas obtenidas por Kwan, y todo lo relacionado con la enigmática palabra *Sintexoil,* que tenía una semejanza evidente con otros artículos sintéticos o plástico de la empresa, como los denominados por Armstrong con los nombres patentados en el mercado de *Sintexplat, Sintexflex* y otros semejantes que se habían hecho populares comercialmente.

Ahora, la máquina comenzó a trabajar en la clasificación y relación de datos, para llegar a su fría conclusión mecánica.

El capitán Bowie suspiró, volviéndose hacia Frank Cole y Kwan Shang, presentes en la operación.

—Ahora, esperemos los resultados —dijo, con cierto escepticismo—. Pero yo nunca he creído en esos cachivaches, señor Cole.

—Hace mal —sonrió Frank—. Hay que confiar en la técnica moderna, capitán. No se puede vivir chapado a la antigua.

— ¿Y eso lo dice usted, que jamás usa otra técnica ni otra ciencia que la que han legado a la posteridad antiquísimo filósofos de la rama Zen y luchadores de tiempos inmemoriales? Hoy en día existen las armas automáticas, las armas electrónicas... Muchas cosas que ustedes jamás utilizan. Y parece que no les va tan mal...

—Es diferente —Frank se encogió de hombros—. La vida progresa, pero hay cosas que no pueden progresar porque ya son perfectas en su origen, y lo absurdo sería adulterarlas o que se perdieran en el olvido. Así sucede con las Artes Marciales. Los brazos, las manos, los pies y las piernas, son las armas más perfectas que existen en la humanidad. Son naturales y bien empleadas bastan para que uno sepa defenderse de todo ataque, puesto que lo que nunca debe hacerse es atacar. Y no hay ingenio humano que pueda nunca emular al espíritu. Nuestra tarea es, ante todo, profundamente espiritual. La violencia, si surge, no es por nuestro deseo, sino porque nos obligan a defendemos o a defender a un desvalido. Por eso, aun luchando, el espíritu sobrevive. En cambio, lo que es constructivo, lo que ayuda al hombre a encontrar con más facilidad el camino de una verdad, siempre que ésta sea beneficiosa para alguien, debe utilizarse sin escrúpulo alguno. Es el caso de la técnica al servicio de ustedes, los que velan por el orden y por la seguridad de las personas honradas. Y es el nuestro también, puesto que nos protegemos de enemigos peligrosos y sin escrúpulos con medios electrónicos de seguridad, en nuestra casa de San Francisco, y utilizamos, si es preciso, nuestras computadoras para resolver problemas que ellas pueden aclarar mejor.

—Está bien, está bien. Me rindo —sonrió el policía—. Usted es capaz de persuadirme de todo lo que quiera. Debió de haber sido

abogado, no actor ni *budoka.*

—En cierto modo, lo soy —rió Cole—. Abogado de los que necesitan defenderse de la propia vida y de sus peligros…

— ¡Un momento! —avisó el técnico en cibernética de la policía —. Ya salen los resultados de la consulta. La máquina tiene respuesta, cuando menos…

—Lo esperaba —los ojos de Frank brillaron, acercándose rápido a la computadora—. Veamos esa respuesta…

Emergió una tarjeta de la máquina. El analista la introdujo en una ranura y pulsó una tecla. En la pantalla, aparecieron los caracteres luminosos, trazados electrónicamente.

La respuesta era breve, simple. Sorprendentemente sencilla. Sólo tres palabras:

«SINTEXOIL; GASOLINA SINTÉTICA»

Era todo.

Y era suficiente. Más» mucho más de lo que esperaba Frank Cole.

—Eso confirma mis sospechas —dijo gravemente, la mirada fija en la pantalla—. Eso es lo que ha inventado Copland, lo que ha ofrecido a Alexander Armstrong por quince millones de dólares de contrato inicial. Y lo que ha motivado su desaparición en Londres…

* * *

Una ducha relajaba cuando una persona se sentía cansada y nerviosa. Un sueño apacible podía seguir a ese confortante contacto con el agua a chorro.

Y eso es lo que le había sucedido a Lena Tiger.

Su sueño era profundo y reparador, mientras sus dos camaradas, Frank y Kwan, se hallaban reunidos con el capitán Bowie en el Departamento Central de Policía. Tal vez muy pronto tendría que entrar nuevamente en acción, y los últimos días en Nueva York, una ciudad agotadora, que a Lena le producía fatiga, habían sido muy agitados y sin reposo.

Tal vez por ello, le costó tanto despertar. Quizá por esa razón, el habitual instinto de la mulata no surgió en el momento adecuado, sino cuando las cosas se habían puesto ya realmente irremediables para ella.

Y, lo que era peor, con la muerte tan cerca, que por vez primera pudo sentir su helado aliento, y fue como si los descarnados dedos de la Parca le acariciaran su morena piel voluptuosa, con una caricia siniestra, escalofriante.

Despertó.

Fue un despertar súbito, inquieto. Lena abrió los ojos en la penumbra de su habitación y se dispuso a erguirse en el lecho, desnuda como se hallaba bajo las frescas sábanas.

—No lo haga —susurró una extraña, ronca voz, surgiendo de las sombras que circundaban su lecho. No lo haga... Sería su muerte.

Lena se quedó rígida, fría. Aquello era algo más que una orden. Había algo en aquella voz que tenía un matiz inquietante, como un aviso solemne. No la amenazaban. La invitaban a que no se moviera. La forma de decirlo tenía un tono especial de advertencia glacial.

— ¿Qué significa...? —jadeó—. ¿Quién está ahí?

—No hable demasiado —musitó de nuevo aquel susurro ronco —. Ni grite, sobre todo. No se excite. Mire lentamente, muy lentamente, hacia sus hombros. Hacia la almohada. Y, sobre todo, no se sobresalte. Tal vez ocurriría lo irremediable. Espere aún. Dicen que ustedes, los *budokas,* poseen un autodominio especial, un control riguroso de sí mismos. Pues bien: Pruébelo ahora... o nunca más podrá hacerlo. Ya puede mirar.

Lena miró. A sus hombros. A la almohada.

Necesitó de todo aquel autodominio que citara el misterioso murmullo. De todo su control psíquico, para no excitarse, para no agitarse, para no gritar o hacer algún movimiento fatalmente brusco.

Estaban allí. Uno a cada lado. Sobre la almohada. Rozando su hombro desnudo por ambos lados. Les bastaba bajar rápidamente su cola. En menos de unas fracciones de segundo, estaría picoteada. Y muerta.

Los alacranes.

Dos. Dorados, quietos, al acecho, como dos pequeños monstruos inteligentes y sin piedad. La cola erecta, vibraba amenazadora. Las patas amarillas no se movían. Una de ellas producía un frío roce viscoso en la piel de su hombro. Notó que un escalofrío agitaba levemente su cuerpo. Pero eso fue todo.

La frente se le perló de transpiración. No se movió. Al hablar, lo hizo en un susurro:

— ¿Qué..., qué pretende?

—Nada —fue la respuesta de la voz susurrante—. Si hubiera querido matarla, ya estaría muerta. Ellos hubieran picado antes, durante su sueño. La felicito. Ha demostrado ser una mujer excepcional. Nadie hubiese permanecido tan quieto ni tan callado ante esa amenaza.

— ¿Por qué hace todo esto? ¿Necesita mostrarse fuerte, señor..., señor Skorpio?

—Veo que saben mucho de todo esto —la voz de susurrante tono reveló cierta pena—. No debe temer, mientras sea dócil. He venido a por usted. Saldrá conmigo del hotel. No avisará a nadie. No intentará escapar. Ni luchar. La amenaza estará sobre usted todo el tiempo. Esos dos alacranes están adiestrados para matar..., sólo si usted actúa de cierta manera.

—Ellos… pueden equivocarse —los ojos de Lena, muy abiertos, miraron a las figuras amenazadoras de los arácnidos, situados casi junto a su rostro brillante de sudor.

—Nunca se equivocan —afirmó la voz—. No perdamos tiempo. Sus amigos pueden volver. Y sería su sentencia de muerte. Levántese.

—Estoy desnuda…

—Es igual. No he venido a ultrajarla, si eso piensa. Me gustará verla desnuda. No puedo evitar mirarla, porque tengo que hacerlo. Pero vístase tranquila. Si sigue mis indicaciones, nada va a ocurrirle.

—Pueden atacarme cuando me levante…

—No. Pero tampoco la dejarán. En cuanto empiece a levantarse… se situarán en su cabello.

— ¡En mi cabello! —y su pelo rizoso, afro, crepado al estilo de Angela Davis, casi se le erizó.

—Por eso la aviso. Esté prevenida. No significará nada… siempre que usted no les dé motivo. Sé lo ágil y rápida que puede ser la mano y la acción de una *budoka* como usted. Pero ellos están preparados para contrarrestar algo así. Serian más rápidos que usted. Y eso resultaría una verdadera lástima.

Lena obedeció. No tenía otro remedio. Se empezó a incorporar, apartando las sábanas lentamente. En el acto, los alacranes actuaron con total sincronización, y como si supieran lo que tenían que hacer en cada momento. Reptaron sobre su cabello rizoso, apoyando sus patas en los acolchados rizos. La cola siempre erecta, a punto de caer.

La mulata respiró profundamente. No temía morir. Era aquella forma de muerte la que

le horrorizaba. La presencia, el roce maligno de aquellas alimañas bien adiestradas…

Caminó por el dormitorio del Waldorf, desnuda, hasta sus ropas. Pasos ligeros, breves, pausados. Equilibrio tenso de su cabeza.

—No se pase ninguna prenda sobre su cabeza —avisó la voz susurrante. En las sombras de un rincón, Lena captó ahora la presencia de una oscura figura agazapada. Creyó ver su cabeza encapuchada. La voz siguió—: Sí, tiene un hermoso desnudo. Pero no es ocasión para admirarla largamente.

Lena no dijo nada. Sus pies descalzos pisaban la moqueta con cautela. La tenue luz que penetraba por las rendijas de la ventana, dibujaban sus curvas voluptuosas, capaces de aturdir a cualquier hombre. Era una auténtica Venus oscura, seductora y sensual.

La blusa se abotonó sobre los pechos erguidos y vigorosos, de oscuro pezón. Más difícil fue ajustarse los pantalones ceñidos, que difícilmente se amoldaron a sus nalgas y caderas, dada la rigidez de movimientos a que le obligaba aquella presencia siniestra en su cabeza.

—Ya está —silabeó la voz—. ¡Vamos!

—Espere —replicó Lena—. Faltan los zapatos. Y mi chaleco. Es todo ya.

—Bien, termine en seguida. Ya es muy tarde.

Lena ajustó la ancha hebilla de su cinturón de cuero. Calzó rápida sus mocasines, y tomó el chaleco, que se puso sobre la blusa, sin abotonarlo. Rápidamente, ante su horror, los alacranes descendieron sobre sus hombros, y se deslizaron a su piel, por el escote. Dominó difícilmente un grito y un escalofrío, cuando cada una de aquellas horribles criaturas se acomodó sobre un seno, inmovilizándose.

—Le advertí que ellos vigilarían en todo momento. Si ahora, al bajar, usted trata de huir, de moverse de modo diferente al que yo le diga, si grita o llama la atención de alguien, está perdida. Ellos saben lo que tienen que hacer. Están alerta.

—Es..., es horrible... —jadeó Lena, angustiada, notando aquellas frías patas sobre sus macizos pechos morenos.

—Lo sé. No hay otro remedio. Si sigue portándose bien, la tortura pasará pronto.

Vamos ya.

Se preguntó mentalmente Lena, aun en tan terrible trance, qué haría su raptor para salir a la luz, puesto que iba encapuchado y no podía mostrarse así en público, cruzando todo el Waldorf Astoria hasta la calle.

Pronto salió de dudas. Apenas pisaron el corredor de la planta, el encapuchado se quitó la máscara, guardándola en su bolsillo, y tomándola de la mano amistosamente. La miró, y Lena sintió un leve estremecimiento.

Su capacidad para horrorizarse por nada, había sido superada ya ampliamente, con aquellos dos alacranes aposentados en su busto, pero el rostro de su compañero era capaz de inquietar a cualquiera.

Ni siquiera era un rostro humano, real.

Supo que aquellas facciones inmóviles, inexpresivas, frías y pálidas, eran una simple máscara de plástico, adherida a la verdadera faz, para ocultar sus facciones y darle la apariencia de un figura de cera viviente.

—En marcha —dijo, sin mover un solo músculo de aquel rostro artificioso, bajo una cabellera también falsa, formada por una excelente peluca de cabellos negros bien peinados.

Lena no dijo nada. Siguió adelante, con toda docilidad. No tenía otro remedio. O la muerte acomodada en sus pechos, actuaría de modo inexorable.

Poco después, una furgoneta se alejaba de las proximidades del Waldorf Astoria, mezclándose con el denso tráfico de Broadway, con

rumbo desconocido.

CAPÍTULO VIII
S K O R P I O

Ahmed Ben Omar, de los servicios de inteligencia de un país árabe especialmente importante, negó lentamente con la cabeza.

—No, señor Cole. Nuestro Gobierno, así como los de nuestros aliados y vecinos, nada tuvo que ver en la desaparición de Eliah Copland. Tiene mi palabra de honor.

El capitán Bowie, Frank Cole y el agente especial del servicio de inteligencia de los

Estados Unidos, Harry Saltzman, se miraron entre sí, pensativos.

La reunión tenía lugar en una oficina privada de la ciudad de Nueva York, y había sido urgentemente convocada por el servicio secreto norteamericano, tras el informe recibido directamente de la policía. Frank Cole, como parte importante en el estudio del tema que se debatía, ya que había sido el que facilitó los datos reveladores, había sido invitado a asistir a ella excepcionalmente.

—Le creo, señor —dijo Saltzman, asintiendo con la cabeza—. También debo creer al servicio de inteligencia israelí, que me han garantizado que ellos nada tienen que ver en ese asunto, y que Eliah Copland no se halla ahora en territorio de Israel; ni siquiera saben qué ha podido ser de él.

—En ese caso, el misterio cobra una dimensión más complicada —señaló el agente árabe—. Es cierto que nosotros teníamos conocimiento de sus trabajos en torno a una nueva fórmula de gasolina sintética, muy barata de costo y fácil de obtención, pero siempre hemos considerado que el hallazgo de tal medio de energía era más bien utópico, y que Copland se hallaba lejos de un resultado positivo que pudiera hundir nuestra producción petrolífera y la de todos los países de la OPEP.

—Ustedes, por ello mismo, serían los más interesados en raptar a Copland y hacerlo desaparecer, si es cierto que obtuvo una fórmula capaz de arrumar a todos los países exportadores de petróleo del mundo —apuntó Saltzman—. Pero también sus propios hermanos de raza, los judíos, podían querer anticiparse al Gobierno de mi país en la obtención de ese producto milagroso, para convertirse virtualmente en la primera potencia mundial capaz de acabar con el petróleo y controlar así toda la energía necesaria para los demás países.

—Pero si ellos no tienen a Copland y están remo viendo tierra y cielo por hallarle, lo mismo que nosotros ahora, *¿quién* raptó a Copland?

—Skorpio —dijo bruscamente mía voz.

— ¿Quién? —Ahmed Ben Omar se volvió, perplejo, hacia Frank Cole, lo mismo que Saltzman.

—Dije Skorpio —suspiró Cole cansadamente—. Ustedes, como miembros de la inteligencia de sus respectivos países, han tenido que oír mencionar ese nombre antes de ahora.

Ben Omar se mostró algo evasivo;

—Tenemos un *dossier* con ese nombre —admitió—. Pero no hay mucho concreto en él.

Cole miró a Saltzman. El hombre del Gobierno de Washington desvió la mirada.

—Sí —admitió—. Hemos llegado a tener sospechas en un sentido. Hay un *dossier* también, pero muy poca cosa en él.

—Skorpio tiene la virtud de estar en muchos sitios, pero permite que se sepa muy poco de él —apuntó Cole—. Yo diría, sin embargo, que he llegado a una conclusión definitiva sobre la naturaleza de Skorpio, señores.

Tanto Saltzman como Ben Omar, le contemplaron con cierta avidez y sorpresa.

— ¿Cuál, señor Cole? —quiso saber el árabe.

—Es una organización internacional. Una especie de Supersindicato del Crimen, que se ofrece a los países y a los gobiernos para trabajar a su servicio.

Siguió un silencio profundo. El capitán Bowie no intervenía en la conversación, limitándose a tabalear sobre el brazo de su sillón, mecánicamente. El agente árabe y el norteamericano, cambiaron una ojeada pensativa.

—Pudiera ser —aceptó Ben Omar, cauto—. Lo hemos llegado a sospechar. Pero nada más.

—Si fuese así, ¿dónde tendría su cuartel general? —apuntó Saltzman.

—Aquí. En los Estados Unidos. Algún país les paga mucho por el secreto de Copland. Y Copland desaparece. Pero también había alguien mezclado en el negocio de la gasolina sintética: Armstrong. Sospecho que esa fórmula debió ser dividida en dos fracciones. Una, no servirá mucho sin la otra. A cambio de esa cesión. Armstrong daría dinero anticipado a Copland. Hemos sabido por Scotland Yard que había adquirido una propiedad muy cara en las cercanías de Londres. Una finca de quinientas mil libras esterlinas. Casi un millón de dólares, señores. Y hace poco, Copland no tenía apenas dinero para sus experimentos.

—Entonces, Skorpio raptó también a Armstrong. Así obtenía las dos partes de la fórmula, ¿no es eso? —sugirió Saltzman.

—Exacto. Del mismo modo que algún gobierno le encargó el

asesinato del dirigente africano Bwanga Dabutu, cometido hace poco tiempo, ellos aceptaron apoderarse de la fórmula de la gasolina, eliminar a su inventor, y entregar ese valiosísimo secreto a un país determinado, que se convertiría en la primera potencia mundial, al dejar sin valor alguno el petróleo.

—Eso sí tiene sentido —aceptó vivamente Ben Omar.

—Pero Armstrong tenía una amante, una mujer que quizá compartía el secreto de él, la parte de fórmula a él cedida por Copland, y eso les obligó a eliminar a la infortunada Sue Norton. Nadie, excepto Skorpio y el país que les paga por ello, debía tener acceso al secreto de la fabricación del *Sintexoil.* Y quizá ni siquiera Skorpio, puesto que el secreto de la fórmula química sólo será legible para expertos en la materia.

—¿Y si Skorpio decide que tan valioso secreto bien vale una traición al país contratante, y se queda con la fórmula? —sugirió Saltzman.

—También pudiera ocurrir. No sé quién podrá ser el cerebro de esa organización, pero es obvio que tiene astucia, inteligencia y ambición desmedida, aparte una ausencia casi absoluta de escrúpulos. Ese ser misterioso, ha sido capaz de crear unos cuerpos especiales de asesinos, que califica con las siglas SK y unas cifras de orden, que hace tatuar a sus hombres. Así, tiene un grupo de estranguladores, otro de portadores de alacranes venenosos, increíblemente adiestrados para matar, y un grupo de luchadores especializados. Además, deben tener agentes en cada continente, para ocuparse de las ejecuciones por encargo, sean donde fueren.

—Todo eso significa organización... y mucho dinero en juego —apuntó Ben Omar, sombrío.

—Lo hay, sí. Quien lleve esa organización, maneja dinero suficiente. Claro que habrán cobrado mucho por algunos «trabajos» encargados aquí y allá, si estamos en lo cierto, pero tuvo que empezar con una organización que inspirase confianza a sus futuros «clientes», y eso no se improvisa ni resulta barato. Digamos que, inicialmente, tendrían que disponer de suficiente dinero para crear la organización Skorpio. Acaso un millón de dólares o más.

—Entonces, el cerebro ha de ser alguien lo bastante rico para eso.

—Exacto. Alguien que no puede ser en absoluto Lefévre, el joven amaestrador de alacranes. Nuestros informes es que no tenía dinero —habló ahora el capitán Bowie.

—En cambio, Armstrong sí tiene mucho dinero —apuntó Saltzman—. ¿Y si él, al desaparecer, lo que hizo fue alejar las sospechas de sí mismo, y fuese en realidad el cerebro de Skorpio?

—Tal vez —Cole se encogió de hombros—. Tenemos también a

su socio, Lukas Neville.

—Sí, también es rico. Y conocía parte de ese secreto. Lo suficiente para desear que fuese suyo —señaló vivamente Saltzman.

—Además, estando allí uno de mis amigos, Kwan Shang, fue sorprendido por cuatro luchadores asesinos, en los que el capitán Bowie y sus hombres han hallado ese mismo tatuaje, con las cifras SK-02. Esos luchadores, ¿cómo llegaron hasta dentro sin ser detectados por los sistemas de alarma? Mi compañero entró con un neutralizador electrónico, pero no creo que ellos lo llevasen también.

— ¿Qué cree, entonces? —había interés en la voz de Ahmed Ben Omar, el agente árabe.

—Que alguien desconectó los circuitos tras entrar Kwan Shang en los archivos electrónicos.

—Pudo ser un simple cómplice dentro del servicio de seguridad de la empresa — apuntó Saltzman, cauteloso.

—Claro que pudo ser —asintió Cole—. Pero también pudo ser alguien más importante, como el propio socio de Armstrong, el caballero Neville.

— ¿Cómo podríamos probar eso?—sugirió el capitán Bowie.

—Yo estuve una vez a verle —dijo Cole, poniéndose en pie—. Dejen que vaya a visitarle de nuevo. Puede que esta vez llegue algo más lejos...

—Está bien —asintió Saltzman—, De usted no sospechará. Creerá que sigue empeñado en hacer justicia con el asesino de su antigua compañera de trabajo. Vale más que siga pensando que usted no sospecha nada sobre la existencia de una organización a escala mundial.

—Si Neville es tan listo como imagino, no creo que pueda engañarle por mucho tiempo —meneó Cole la cabeza—. Además, él sabría que Kwan halló lo que buscaba... y que yo puedo sospechar la existencia de una fórmula revolucionaria como la del *Sintexoil*...

En ese momento, sonó el teléfono. El capitán Bowie lo atendió. Rápidamente, pasó la comunicación a Frank.

—Es su amigo Kwan Shang —dijo—. Parece urgente. Se le nota muy alterado.

Frank no dijo nada. Tomó el teléfono, preguntando:

— ¿Sí, Kwan? Soy Frank...

La voz de Shang sonó más viva y trémula de lo habitual en él:

— ¡Frank, ha ocurrido algo terrible! —jadeó.

— ¿Qué es ello? —se puso tenso Cole.

—Lena no está en el hotel. Ha desaparecido. La raptaron.

— ¿Cómo sabes eso? —se alteró levemente Cole.

—Han dejado una nota. No sé cómo lo harían para que Lena no opusiera resistencia. Ni siquiera hay aquí nada removido o con señales

de violencia.

— ¿Quién lo hizo?

—Skorpio, naturalmente. ¿Te leo la nota?

—Sí, por favor.

—Dice exactamente: «Lena Tiger está en mi poder. No peligra su vida, mientras ustedes no sigan investigando. Márchense de Nueva York. Es la única forma en que salvarán a su amiga de una horrible muerte. No habrá más advertencias.» Y firman con la SK de siempre.

—Entiendo —Cole dominaba admirablemente su emoción, pero todos lo miraban, tensos, consciente de que algo grave sucedía—. ¿Se la llevaron vestida?

—Sí, claro...

— ¿Qué prendas de vestir faltan? Dime todas, sin olvidar una.

—Bueno... Pantalones, blusa, chaleco, mocasines... y el cinturón, claro. Es todo, que yo recuerde. ¿Por qué diablos preguntas eso ahora, Frank?

—Por nada. Te veré luego —suspiró Cole. Y colgó.

* * *

Lukas Neville enarcó sus blancas cejas pensativamente.

— ¿Usted otra vez, señor Cole?

Su pregunta era amable, pero algo seca de tono. El caballero de los cabellos blancos, algodonosos, la tez bronceada y la figura distinguida, se aproximó a él con paso firme. Le tendió su mano, sin mucho entusiasmo.

Frank la estrechó rápidamente. Luego, miró en derredor a la amplia y suntuosa oficina.

Fuera, brillaban las luces en los amplios espacios alambrados de la factoría Armstrong. La noche era oscura y nublada.

—Tenía que hacerle una visita —dijo el joven *budoka*—. Mera rutina, ya supondrá.

—Sí, lo supongo. ¿Sigue interesado en mi socio y en esa infortunada amiga suya a la que asesinaron?

—Exactamente —asintió Cole con frialdad.

—Pues pudo haber venido antes—consultó su reloj Neville, con cierto disgusto—. Son ya las siete de la tarde, ha oscurecido, y debo ausentarme de la factoría. Tengo cosas urgentes por resolver en la ciudad...

—Le entretendré muy poco tiempo —suspiró Frank. Le miró al fondo de los oscuros ojos y manifestó gravemente—: Ya sé quiénes mataron a Sue Norton.

— ¿De veras? —las blancas cejas, más arqueadas que nunca, revelaban cierto escepticismo e indiferencia.

—Si. También sé quiénes raptaron a su socio, Alexander

Armstrong. Y a un joven canadiense, domesticador de alacranes, llamado Roland Lefévre.

— ¿Ah, sí? —la perplejidad aparente de Neville iba en aumento.

—También sé quién hizo matar a un dirigente africano, por encargo. Y muchas otras gestiones criminales, bien pagadas por algunas potencias.

—Pero ¿de qué está hablando? —se mostró Lukas Neville como desorientado.

—De Skorpio —sonrió Cole—. La organización criminal internacional, el Supersindicato del Crimen de nueva hornada. Una obra gigantesca y costosa, señor Neville. De eso hablaba.

—Pero..., pero todo eso no parece tener mucho sentido. ..

—Lo tiene. Más de lo que imagina. He logrado también descubrir otras cosas de Skorpio. Ellos tienen ahora en su poder a una amiga mía, Lena Tiger. La matarán, si sigo investigando el asunto.

— ¿Y aún así..., sigue usted?

—Sigo, sí —sonrió Cole duramente—. Es un pacto que tenemos establecido entre nosotros. No importa quien caiga. Si se ha de morir, se muere. Estamos mentalizados para ello. Los demás siguen adelante. Es la única forma de no verse mediatizados ni coaccionados.

—Pero es monstruoso —se lamentó el socio de Armstrong—. Sacrificar una vida humana...

—No importa mucho. Esa vida, puede significar la salvación de muchas otras.

—Pero es la de un amigo, un camarada...

—Lo decidimos desde un principio. Caiga quien caiga, ya le dije. Los demás, siguen hasta el fin. Es cuestión de mentalidad,

—No creí que la mentalidad de un *budoka,* señor Cole, aceptara tal crueldad.

—La vida exige ser cruel. Entre una sola vida y decenas o centenares de ellas, no hay duda en la elección.

— ¿Y si, a pesar de todo, esa vida sacrificada estúpidamente, no evita que otras sigan cayendo?

—Imposible —sonrió Cole con gesto helado—. Lena Tiger morirá asesinada. Pero nosotros venceremos a Skorpio. Del mismo modo que sabemos que ahora tienen en su poder a Eliah Copland, su cliente, señor Neville, y con él la totalidad de la fórmula de la gasolina sintética, sabremos también desmembrar a la organización y aniquilar a sus dirigentes. Estamos a punto de lograrlo.

— ¿Qué..., qué dice? —le miró Neville con gesto crispado—. ¿Gasolina sintética?

—Eso dije. Ya ve que estamos bien informados —le miraba agresivamente Cole—. De todo, señor Neville. Usted no quiso cooperar mucho, pero tampoco hizo falta. Vine a verle sólo para decirle que el

telón está a punto de caer.

—Aunque así fuese, ¿qué puede importarme a mí todo ello? —se mostró Neville irritado.

—Bueno, pensé que se alegraría de saber que si su socio aún vive, pronto estará de regreso aquí. Y Skorpio habrá desaparecido del mapa. Su cuartel general en Nueva York, está a punto de ser localizado…, si no lo ha sido ya. ¡Buenas noches, y perdone tanta molestia, señor Neville!

Hizo una cortés inclinación, como si saludara ceremoniosamente a un adversario sobre el tatami de un dojo, antes de comenzar una exhibición de karate, y salió de la oficina con paso firme.

Apenas se vio solo, Lukas Neville se apresuró a comprobar que los pasos de Frank Cole se alejaban definitivamente. Luego, giró la llave en la cerradura y corrió a un punto situado detrás de su mesa de trabajo.

Un enorme cuadro, con la vista de las factorías Armstrong y un retrato del propio Alexander Armstrong, ocupaba la pared. Pulsó Neville una moldura del marco, y éste se deslizó sobre invisibles raíles, dejando ver una especie de caja fuerte en el muro.

Neville manipuló, formando la clave de la combinación, y la caja metálica se abrió.

No era lo que parecía. Del interior de la pretendida caja fuerte, emergió un equipo completo de transmisión y recepción de radio, que puso en funcionamiento con gestos febriles, en una determinada frecuencia.

Por el altavoz, le llegó una señal. Luego, una voz monocorde.

—SK-Uno hablando... SK-Uno, hablando... Responda, SK-Dos... Responda, SK-Dos... Lukas Neville tomó un micrófono y se expresó secamente:

—SK-Dos hablando... SK-Dos hablando... Escuche, SK-Uno... Informe de emergencia... Frank Cole, de los Dragones de Oro, ha estado aquí... Saben todo sobre SK y organización. Saben todo sobre Copland, Armstrong y asuntos de la organización. No les importa desaparición definitiva de la chica. La sacrifican a cambio de su éxito en el caso... Creen saber más cosas. Conocen asunto *Sintexoil* completo. Creo que sospecha de mí.

Dice saber o estar a punto de saber situación cuartel general SK-Uno...

La respuesta llegó por el altavoz, sordamente:

—Enterados, SK-Dos. No pierda la serenidad. Venga hacia acá, tras comprobar que nadie le sigue. Adoptaremos medidas radicales con todos. Escuche, SK-Dos y...

Se volvió en ese momento Neville, con una imprecación. Al oírle, enmudeció la voz del receptor de radio y quedó solamente un sonido prolongado, metálico.

— ¡Usted! —rugió Neville, palideciendo.

Frank Cole le contemplaba, con gesto sardónico, desde el umbral de la puerta recién franqueada. De su mano, pendían aún las ganzúas que le habían servido para abrir sigilosamente la entrada.

—Veo que, como imaginaba, pronto comunicó con sus compinches... —dijo Cole fríamente.

En ese momento, Neville cambió la sintonía del emisor-receptor,

para que Frank no advirtiera su frecuencia y longitud de onda, y no pudiese localizar la emisora central. Luego, en su mano apareció una poderosa pistola automática con silenciador, que disparó hacia la cabeza del joven *budoka*.

CAPÍTULO IX
NIDO DE ALACRANES

Hubiera sido la muerte instantánea para Frank Cole» si él no hubiese estado, como en todo momento» alerta y dispuesto a reaccionar ante cualquier peligro.

Apenas apuntó Neville y vio que movía su dedo en el gatillo, Frank saltó hacia delante, y hacia abajo. Su movimiento coincidió matemáticamente con el disparo. La silenciosa bala vomitada por el arma, zumbó sobre su cuerpo en *plongeon,* y se perdió en corredor de la planta.

Pero era un arma rápida y eficaz, y ya estaba a punto de disparar de nuevo, cuando Cole se irguió, a menos distancia de él, aunque todavía demasiado lejos para que sus únicas armas, sus miembros, pudieran servirle de algo ante el arma de fuego.

Un segundo disparo, con un ahogado *ploc,* brotó de la automática, buscándole insistente el proyectil. Cole, esta vez, no tenía tiempo de volver a lanzarse al suelo. Pero sí enarboló con celeridad un pesado sillón, que situó ante su cuerpo y cabeza, justo al salir el disparo.

La bala se estrelló en la estructura metálica, de acero cromado, del pesado mueble que la mano de Cole alzara con la sencillez con que se levanta un taburete vulgar.

Después, arrojó ese mueble contra el socio de Armstrong, y éste aulló, dolorido, al recibirlo en pleno rostro. Reculó, sangrando en abundancia por boca y nariz, pero sin soltar su arma» que volvió a enfilar hacia el *budoka* rubio.

Sólo que esta vez, Frank sí estaba ya al alcance de Neville. Y, por lo tanto, Neville también lo estaba al suyo. Era todo lo que había buscado.

Inmediatamente, el formidable karateka que era Frank Cole, se puso de manifiesto ante el desesperado enemigo armado con una pistola automática de calibre poderoso.

Su salto increíble sobre Lukas Neville, fue acompañado por el potente grito que escapó de su boca como un estallido de energía, de poder y vitalidad:

— ¡KIAI!

Salvó la mesa en su vuelo fantástico sobre el adversario, y cayó justamente ante él, en posición de Ushiro-Geri, es decir con la pierna derecha alzada ya, y disparada con fuerza, para que su talón descargase un impacto de costado sobre su tibia, por la cara externa.

El crujido del hueso, al romperse, señaló el éxito de aquel impacto violentísimo. El socio de Armstrong cayó de espaldas, rodando por el suelo con el rostro contraído de dolor pero, antes de que Frank tuviera casi tiempo de reaccionar, Neville demostró su asombrosa capacidad de resistencia y de coraje, alzando de nuevo su mano armada hacia Frank, para dispararle a bocajarro.

Naturalmente, Cole utilizó su pierna para rematar la acción con un Keri-Komi vertiginoso sobre el caído. En realidad, no era sino una duplicación del golpe anterior, pero ya sobre el adversario abatido. Neville se agitó en el suelo, retorciéndose de dolor, pero disparó, y la bala rozó los cabellos de Cole.

Rápido, Frank efectuó un Tobi-Keri, o salto en el aire, en proyección de los dos pies, sobre el pecho y brazo armado de Neville. El vigoroso individuo recibió ese ataque del *budoka* y, por vez primera, se notó que se desmoronaba su resistencia. El arma escapó de su mano, definitivamente perdida, mientras se quebraba su muñeca y chascaban sus dedos, con los huesos triturados.

Exhaló un alarido de dolor y de ira, y se agitó a los pies de su vencedor. Frank Cole se inclinó sobre Neville con rapidez, para atenderle y reducir al máximo su dolor. No le gustaba que sufrieran los demás, ni aun siendo merecedores de ello,

Pero aun con toda su rapidez, una vez más llegó tarde.

Del cuello de la camisa de Lukas Neville, emergió una forma dorada, articulada, de rápidas patas y cola vibrante. Entonces supo, con horror, que el dolor que expresara poco antes su enemigo, no era siquiera por los golpes tremendos recibidos..., sino al sentir la picadura mortal del adversario en potencia que llevaba dentro y que, siguiendo las instrucciones recibidas, sólo mataba a su poseedor cuando éste estaba definitivamente vencido y podía confesar algo...

Cole sólo pudo aplastar al arácnido, y contemplar su cuerpo reventado, con expresión malhumorada. Se incorporó, mirando el poderoso equipo de recepción y transmisión de radio, con el que Neville estaba en contacto habitualmente con la madriguera secreta de la organización Skorpio.

—El hombre rico de la empresa ya ha caído —murmuró Frank pensativamente—. El fue el financiador de Skorpio. Y eso, lo supo Sue Norton, firmando así su sentencia de muerte... Pero juraría que Neville no estaba solo. Él era el dinero, y había también un cerebro... A ése es al que hay que dar caza ahora. Y a ser posible, antes de que Lena sea sacrificada por esos monstruos...

Salió rápidamente de la oficina, tras hacer una rápida llamada al capitán Bowie.

* * *

El encapuchado de rojo, del alacrán bordado en oro, se volvió lentamente hacia Lena

Tiger. Sus ojos, tras las rendijas de la caperuza, brillaban glacialmente.

—Lo siento por ti —dijo con voz ronca—. Tus amigos te abandonan. No les importa tu vida, con tal de seguir luchando contra nosotros.

—Lo sabía —sonrió fríamente Lena—. No vais a coaccionarlos por causa mía.

El encapuchado cerró el emisor-receptor de radio con el que comunicara con Lukas

Neville. Estudió con frialdad y disgusto a su prisionera.

— ¿No te importa morir? —preguntó.

—No, no demasiado. Me gusta vivir. Pero si he de morir por ayudarles a ellos, acepto gustosa. Eso ya lo acepté desde que formamos nuestro grupo.

—Entiendo. Sois peligrosos, ¿eh? Ni siquiera la amenaza de muerte a uno de vosotros, detiene a los demás.

—Así debe ser —asintió Lena, que tenía junto a sí, siempre expectantes y alerta, a los

amenazadores escorpiones, incluso en aquella cámara donde ahora se hallaba encerrada, en el desconocido cuartel general de Skorpio, adonde había sido conducida dentro de una furgoneta que no le permitió identificar el camino, aunque sí creyó en una ocasión que el vehículo era cargado en algo que parecía moverse, flotar. Algo así como un *ferry,* posiblemente.

—Muy bien —silabeó el encapuchado—. Puesto que así será. Tal vez sea verdad que ellos saben mucho, o tal vez estén fantaseando. Tomaremos precauciones. Y tú estarás encerrada hasta que decida tu muerte.

Hizo un gesto a dos de sus hombres, y éstos condujeron a Lena a una cabina cuadrangular, de muros desnudos. Allí la dejaron encerrada. Sin alacranes a la vista. Pero no por eso la amenaza mortal había desaparecido, y Lena lo sabía.

Era falso que los Dragones de Oro no diesen importancia a la vida de cualquiera de ellos. Pero demostrar miedo o someterse a la coacción, no resolvería nada. Lena había entendido bien la idea de Frank. Eso desorientaría a Skorpio, y el misterioso jefe encapuchado —cuya voz creía haber notado Lena que no era la misma de su captor en el Waldorf Astoria— tendría que meditar lo que hacía. Era, sin duda, la intención de Frank.

Ganar algo de tiempo. El suficiente para encontrarla. Lena sabía que, viva o muerta, la encontraría. Ella había hecho ya lo posible para ello, y Cole debía de saberlo a estas horas, con toda certeza.

La espera se prolongó cosa de dos o tres horas. Lena no estuvo muy segura del tiempo transcurrido, y ni siquiera se había traído el reloj para saberlo.

Al cabo de ese tiempo, volvieron los encapuchados, y la condujeron a presencia de su patrón. El otro encapuchado, el que en vez de llevar la caperuza negra la lucía roja, con el siniestro distintivo del escorpión, la contempló con frialdad desde su asiento.

—Muy bien, Lena Tiger —dijo lentamente—. Hemos decidido actuar contigo. Hay una razón muy simple para ello: tus amigos tenían razón. Saben dónde estamos. Vamos a desalojar este refugio por un conducto subterráneo que ellos desconocen. Están fuera las fuerzas de policía, rodeándonos. Llevan ya cosa de una hora. No sé cómo, descubrieron el lugar. Sin duda cometimos algún error, aunque no sé cuál.

Lena sonrió burlonamente, pero no dijo nada. Tras un silencio, su misterioso interlocutor habló con voz ronca, como disfrazada:

—Será llevada a nuestro nido de alacranes sin domesticar. Los tenemos que dejar aquí, y llevamos los que están ya amaestrados. Está decidido. Vamos, llevadla al nido.

Lena, esposada y maniatada de forma que no pudiera actuar eficazmente, incluso esposados sus píes, que la hacían arrastrarse lentamente, para que su modo de luchar no fuese un medio de vender cara su vida llegado este momento, fue llevada por los encapuchados, en dirección a otra cámara cercana, que al ser abierta reveló algo espantoso, a ojos de la cautiva.

La hermosa mulata descubrió una especie de foso en el suelo, en cuyo fondo crepitaban cientos de cuerpos dorados, formando un amasijo repulsivo y feroz. Cuando fuese lanzada allí, una muerte rápida pero espantosa, caería sobre ella.

— ¡Vamos, arrojadla! —ordenó Skorpio con energía.

Lena trató de resistir, de retrasar su caída mortal. Los dos encapuchados la tomaban con fuerza por sus brazos. Observó que otros encapuchados trasladaban bultos y objetos hacia alguna parte, sin duda el conducto de evasión del cuartel general.

Ya cerca del foso de alacranes, ocurrió lo imprevisible, cuando Lena ya se veía virtualmente lanzada al fondo de aquella abominable pesadilla mortal.

Uno de los encapuchados que la conducía, tiró de ella violentamente hacia atrás... y luego empujó con fuerza al segundo encapuchado.

Este exhaló un grito terrible, antes de precipitarse al foso, donde pronto una nube de furiosos alacranes le cubrían, llenándole de mortíferos picotazos.

Agonizó entre alaridos de horror infinito.

Asombrado, Skorpio vaciló, sin entender nada. El encapuchado se quitó su negra caperuza. Lena lanzó un grito jubiloso:

— ¡Frank! ¡Eres tú!

Frank Cole, rubio y enérgico, aparecía bajo la capucha negra. Apartó a Lena del foso, justo cuando Skorpio, con un grito agudo de rabia infinita, se precipitaba sobre Lena y sobre él, enarbolando un largo, afilado cuchillo que buscó el cuello de ambos.

Frank se limitó a descargar a Skorpio un violento Impacto de pie en su estómago, en Mae-Geri-Jodan, y otro con su mano en *shuto* o sable, sobre el brazo armado, que se quebró, bajo el formidable golpe en forma de hachazo, perdiéndose el cuchillo en el fondo de la irritada colmena de alacranes.

Pero fue tal la violencia del golpe y la pérdida de equilibrio de Skorpio al iniciar aquel desesperado ataque, que el encapuchado rojo vaciló, fue hacia atrás... y antes de que Cole pudiera hacer nada por evitarlo, se fue también al fondo del foso hirviente de cuerpos dorados y ponzoñosos.

Fue algo terrible. Lena se acurrucó contra Cole, horrorizada, al sentirse los gritos delirantes de la víctima, cubierta en el acto por una masa de arácnidos.

Era tal su dolor al ser picoteado, que el encapuchado se arrancó la caperuza, acaso en busca inútil de un poco de aire respirable ante la agonía asfixiante de la muerte por envenenamiento.

Y entonces, tanto Cole como Lena, pudieron ver el rostro de Skorpio. Era la doctora Nielsen, investigadora del Terrario de Staten Island,

* * *

—Una mujer... ¡La doctora Nielsen, a quien yo creí salvar de la muerte...!

—Lena, tras fracasar el ataque de sus hombres contra ti, ella tenía que representar el papel de víctima para no despertar sospechas —explicó Cole—. Ya conoces ahora la historia de ese pobre Lefévre, salvado de la muerte y del cautiverio, pero que bajo su dominio se vio obligado a amaestrar alacranes. Ella nunca le amó. Sólo le utilizó a su servicio. Su amante real era Lukas Neville, financiero del plan Skorpio, ideado por la imaginación fértil y ambiciosa de ella... Ahora sabemos que sólo Lefévre vive, y que los otros dos cautivos, Copland y Armstrong fueron inmolados brutalmente por ese monstruo de mujer, total para nada... La fórmula de Copland era falsa. Él le dio una fórmula errónea, y ella lo supo cuando ya era tarde, y Copland había sido asesinado...

—De modo que nunca habrá gasolina sintética... —suspiró el capitán Bowie.

—Quizá alguna vez, pero no ahora —sonrió Cole, rodeando con brazo afectuoso a Lena Tiger—. Lo importante, de momento, es que una organización monstruosa ha sido aniquilada, y Sue Norton verá, desde donde está ahora, que se hizo justicia…

—De no ser por el ingenio de ustedes, y la serenidad de Lena en tomar ese cinturón, cuya hebilla ocultaba un transmisor de ondas especiales, que ustedes ensayaron, y que nos llevaron hasta su paradero, nunca hubiéramos sabido que una zona del Terrario ocupaba un subterráneo secreto, madriguera de Skorpio, con salida también al fondo de las aguas…

—Claro, capitán —sonrió Cole—. Y nunca hubiéramos podido salvar a Lena, ni yo me hubiese podido introducir por ese canal submarino, llegando a tiempo de suplantar a un encapuchado y librar de la muerte cierta a mi querida compañera Lena Tiger…

—Eso es cierto, Frank —ella le miró con ojos emocionados, tiernos y húmedos como

sus propios labios entreabiertos—. Nunca lo olvidaré…

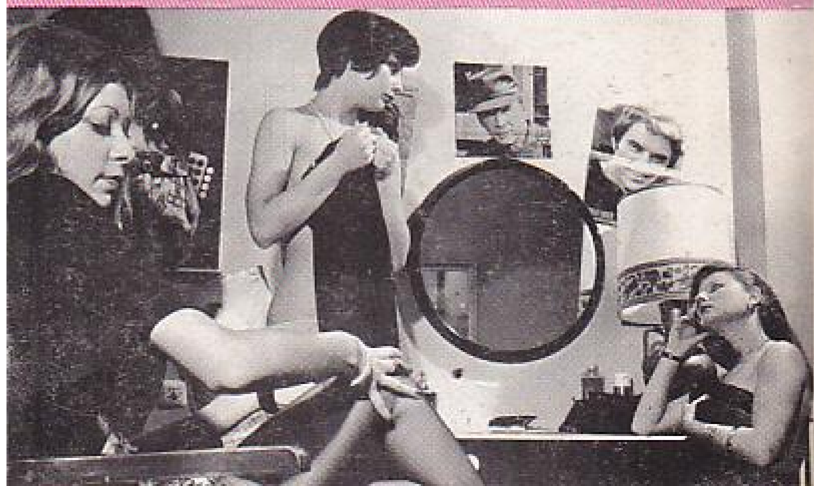
Y ante el propio capitán Bowie y el sonriente Kwan Shang, Lena besó la boca de su compañero de aventuras.

Era un dulce premio para cualquier hombre, ciertamente.

F I N

¡LORENA

ES UN ÁNGEL QUE SE PASEA POR EL FANGO DE LA VIDA, TRATANDO DE NO MANCHARSE CON ÉL! ¡AUNQUE TODOS QUIERAN HUNDIRLA EN EL OPROBIO Y LA DESHONRA MAS ABYECTA!



¿RESISTIRÁ TANTAS ASECHANZAS?

LEA ESTE APASIONANTE RELATO DE CORÍN TELLADO QUE EDITORIAL BRUGUERA PUBLICA SEMANALMENTE, CON MULTITUD DE FOTOGRAMAS,

Y ESCUCHE SU VERSION RADIOFÓNICA, POR CUALQUIERA DE LAS 65 EMISORAS DE LA REM-CAR Y CE[illegible] LA [illegible]ORA D[illegible] SERIAL.

EDITO[illegible] [illegible]A, S. A.

MORA LA[illegible] [illegible]LONA (España)

Impreso en Espa[illegible] [illegible] ESPAÑA: 25 PTAS.

Notas

[←1]

Véase el título publicado de este autor, dentro de la serie «¡KIAI!», Los Cruzados Amarillos»